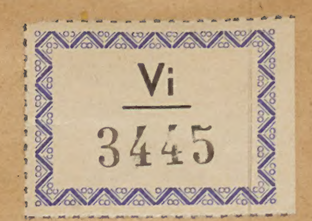

Vi
3445

EL SÍ DE LAS NIÑAS.

COMEDIA

EN TRES ACTOS,

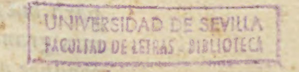
EN PROSA.

SU AUTOR

INARCO CELENIO

P. A.

Estas son las seguridades que dan los padres, y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas. ACT. III. SCENA XIII.



MADRID.
IMPRENTA DE VILLALPANDO.
MDCCCVI.

PERSONAS.

D. DIEGO.
D. CARLOS.
DOÑA FRANCISCA.
DOÑA IRENE.
RITA.
SIMON.
CALAMOCHA.

La Scena es en una posada de Alcalá de Henares.

El teatro representa una sala de paso, con quatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una mas grande en el foro, con escalera que conduce al piso baxo de la casa. Ventana de antepecho á un lado. Una mesa enmedio, un banco, sillas, &c.

ACTO PRIMERO.

****

SCENA I.

D. DIEGO. SIMON.

D. DIEGO.

No (1) han venido todavía?

SIMON.

No Señor.

D. DIEGO.

Despacio la han tomado, por cierto.

SIMON.

Como su tia la quiere tanto, segun parece, y no la ha visto desde que la llevaron á Guadalaxara.

D. DIEGO.

Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y quatro lágrimas, estaba concluido.

SIMON.

Ello tambien ha sido extraña determinacion, la de estarse usted dos dias enteros sin salir de la posada. Cansa el

---

(1) *Sale D. Diego de su quarto. Simon que está sentado en una silla, se levanta.*

*

leer, cansa el dormir... Y sobre todo, cansa la mugre del quarto, las sillas desvencijadas, las estampas del Hijo pródigo: el ruido de campanillas y cascabeles y la conversacion ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

D. DIEGO.

Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos... El Corregidor, el Señor Abad, el Visitador, el Rector de Málaga... Que se yo! Todos... Y ha sido preciso estarme quieto y no exponerme á que me hallasen por ahí.

SIMON.

Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. Pues hay mas en esto, que haber acompañado usted á Doña Irene hasta Guadalaxara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

D. DIEGO.

Sí, hombre, algo mas hay de lo que has visto.

SIMON.

Adelante.

D. DIEGO.

Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de saber y no puede tardarse mucho...

Mira, Simon, por Dios te encargo que no lo digas... Tu eres hombre de bien y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado á esa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

SIMON.

Si Señor.

D. DIEGO.

Pues bien... Pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

SIMON.

Bien está, Señor. Jamas he gustado de chismes.

D. DIEGO.

Ya lo sé, por eso quiero fiarme de tí. Yo, la verdad, nunca habia visto á la tal Doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella: he leido muchas de las cartas que escribia, he visto algunas de su tia la Monja, con quien ha vivido en Guadalaxara; en suma he tenido quantos informes pudiera desear, acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla: he procurado observarla en estos pocos dias, y á decir verdad, quantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

SIMON.

Sí por cierto... Es muy linda y...

D. DIEGO.

Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo aquel candor, aquella inocencia! Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... Sí Señor, mucho talento... Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

SIMON.

No hay que decírmelo.

D. DIEGO.

No? Por qué?

SIMON.

Por que ya lo adivino. Y me parece excelente idea.

D. DIEGO.

Que dices?

SIMON.

Excelente.

D. DIEGO.

Con que al instante has conocido?..

SIMON.

Pues no es claro?.. Vaya!.. Dígole á usted que me parece muy buena boda. Buena, buena.

D. DIEGO.

Sí Señor... Yo lo he mirado bien y lo tengo por cosa muy acertada.

SIMON.

Seguro que sí.

D. DIEGO.

Pero quiero absolutamente que no se sepa, hasta que esté hecho.

SIMON.

Y en eso hace usted bien.

D. DIEGO.

Por que no todos ven las cosas de una manera, y no faltaria quien murmurase y dixese que era una locura, y me...

SIMON.

Locura? Buena locura!.. Con una chica como esa, eh?

D. DIEGO.

Pues, ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí. Por que, aquí entre los dos, la buena de Doña Irene se ha dado tal prisa á gastar desde que murió su marido, que si no fuera por estas benditas Religiosas y el Canonigo de Castroxeriz, que es tambien su cuñado, no tendria para poner un puchero á la lumbre... Y muy vanidosa y muy remilgada, y hablando siempre de su parentela y de sus difuntos, y sacando unos cuentos, allá, que... Pero esto no es del caso... Yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he bus-

cado modestia, recogimiento, virtud.

SIMON.

Eso es lo principal... Y, sobre todo, lo que usted tiene para quien ha de ser?

D. DIEGO.

Dices bien... Y sabes tú lo que es una muger aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?.. Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor: regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No Señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y dexa que hablen y murmuren, y...

SIMON.

Pero siendo á gusto de entrambos, que pueden decir?

D. DIEGO.

No, yo ya sé lo que dirán, pero... Dirán que la boda, es desigual, que no hay proporcion en la edad, que...

SIMON.

Vamos que no me parece tan notable la diferencia. Siete ú ocho años, á lo mas...

D. DIEGO.

Que, hombre? Qué hablas de siete ú ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses ha.

SIMON.

Y bien, qué?

D. DIEGO.

Y yo; aunque gracias á Dios estoy robusto y... Con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

SIMON.

Pero si yo no hablo de eso.

D. DIEGO.

Pues de que hablas?

SIMON.

Decia que... Vamos, ó usted no acaba de explicarse, ó yo lo entiendo al reves... En suma, esta Doña Paquita con quien se casa?

D. DIEGO.

Ahora estamos ahí? Conmigo.

SIMON.

Con usted?

D. DIEGO.

Conmigo.

SIMON.

Medrados quedamos!

D. DIEGO.

Que dices?.. Vamos, qué?..

SIMON.

Y pensaba yo haber adivinado!

D. DIEGO.

Pues que creias? Para quien juzgaste que la destinaba yo?

SIMON.

Para D. Carlos, su sobrino de usted: mozo de talento, instruido, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

D. DIEGO.

Pues no Señor.

SIMON.

Pues bien está.

D. DIEGO.

Mire usted que idea! Con el otro la habia de ir á casar!.. No Señor, que estudie sus matemáticas.

SIMON.

Ya las estudia; ó por mejor decir, ya las enseña.

D. DIEGO.

Que se haga hombre de valor y...

SIMON.

Valor! Todavía pide usted mas valor á un Oficial, que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron á seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y

volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?.. Pues bien satisfecho quedó usted entonces del valor de su sobrino: y yo le vi á usted mas de quatro veces llorar de alegría, quando el Rey le premió con el grado de Teniente Coronel y una cruz de Alcántara.

D. DIEGO.

Sí Señor: todo eso es verdad; pero no viene á cuento. Yo soy el que me caso.

SIMON.

Si está usted bien seguro de que ella le quiere, si no la asusta la diferencia de la edad, si su eleccion es libre...

D. DIEGO.

Pues no ha de serlo?.. Y que sacarian con engañarme? Ya ves tú la Religiosa de Guadalaxara si es muger de juicio: esta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una Señora de excelentes prendas: mira tú si Doña Irene querrá el bien de su hija, pues todas ellas me han dado quantas seguridades puedo apetecer... La criada, que la ha servido en Madrid y mas de quatro años en el convento, se hace lenguas de ella, y sobre todo, me ha informado de que jamas observó en es-

ta criatura, la mas remota inclinacion, á ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oir misa y correr por la huerta detras de las mariposas, y echar agua en los agugeros de las hormigas; estas han sido su ocupacion y sus diversiones... Que dices?

SIMON.

Yo nada, Señor.

D. DIEGO.

Y no pienses tú que, á pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan, para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se explique conmigo en absoluta libertad... Bien que aun hay tiempo... Solo que aquella Doña Irene siempre la interrumpe: todo se lo habla... Y es muy buena muger, buena...

SIMON.

En fin, Señor, yo desearé que salga como usted apetece.

D. DIEGO.

Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto... Y que fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

SIMON.

Pues que ha hecho ?

D DIEGO.

Una de las suyas... Y hasta pocos dias ha no lo he sabido. El año pasado , ya lo viste , estuvo dos meses en Madrid... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin es mi sobrino, bien dado está ; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse á Zaragoza, á su Regimiento... Ya te acuerdas de que á muy pocos dias de haber salido de Madrid, recibí la noticia de su llegada.

SIMON.

Sí Señor.

D. DIEGO.

Y que siguió escribiendome , aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

SIMON.

Así es la verdad.

D. DIEGO.

Pues el picaron no estaba allí , quando me escribia las tales cartas.

SIMON.

Que dice usted ?

D. DIEGO.

Sí Señor. El dia tres de Julio salió de mi casa, y á fines de Septiembre aun

no habia llegado á sus pabellones... No te parece que para ir por la posta, hizo muy buena diligencia?

SIMON.

Tal vez se pondria malo en el camino, y por no darle á usted pesadumbre...

D. DIEGO.

Nada de eso. Amores del Señor Oficial y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas Ciudades puede que... Quien sabe?.. Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... No permita Dios que me le engañe alguna bribona, de estas que truecan el honor por el matrimonio!

SIMON.

Oh! No hay que temer... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener, para que le engañe.

D. DIEGO.

Me parece que estan ahí... Sí. Gracias á Dios. Busca al Mayoral y dile que venga, para quedar de acuerdo en la hora á que deberemos salir mañana.

SIMON.

Bien está.

D. DIEGO.

Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... Estamos?

SIMON.

No haya miedo que á nadie lo cuente. (1)

SCENA II.

DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA.

RITA. D. DIEGO.

DOÑA FRANCISCA.

Ya estamos acá.

DOÑA IRENE.

Ay! que escalera!

D. DIEGO.

Muy bien venidas, Señoras.

DOÑA IRENE.

Con que usted, á lo que parece, no ha salido? (2)

D. DIEGO.

No Señora. Luego, mas tarde, daré

---

(1) *Simon se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mugeres con mantillas y basquiñas. Rita dexa un pañuelo atado sobre la mesa y recoge las mantillas y las dobla.*

(2) *Se sientan Doña Irene y D. Diego.*

una vueltecilla por ahí... He leído un rato. Traté de dormir; pero en esta posada no se duerme.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad que no... Y que mosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dexaron parar... Pero, mire usted. Mire usted (1) quantas cosillas traigo. Rosarios de nacar, cruces de ciprés, la regla de S. Benito, una pililla de cristal... Mire usted que bonita. Y dos corazones de talco... Que sé yo quanto viene aquí!.. Ay! y una campanilla de barro bendito para los truenos... Tantas cosas!

DOÑA IRENE.

Chucherías que la han dado las Madres. Locas estaban con ella.

DOÑA FRANCISCA.

Como me quieren todas! Y mi tia, mi pobre tia, lloraba tanto!.. Es ya muy viegecita.

DOÑA IRENE.

Ha sentido mucho no conocer á usted.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, es verdad. Decia: por que no ha

---

(1) *Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.*

venido aquel Señor?

DOÑA IRENE.

El Padre Capellan y el Rector de los Verdes, nos han venido acompañando hasta la puerta.

DOÑA FRANCISCA.

Toma, (1) guárdamelo todo allí, en la excusabaraja. Mira, llévalo así de las puntas... Válgate Dios eh! ya se ha roto la Santa Getrudis de alcorza!

RITA.

No importa, yo me la comeré.

SCENA III.

DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA.

D. DIEGO.

DOÑA FRANCISCA.

Nos vamos adentro, mamá, ó nos quedamos aquí?

DOÑA IRENE.

Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

D. DIEGO.

Hoy se ha dexado sentir el calor en forma.

---

(1) *Vuelve á atar el pañuelo y se le da á Rita, la qual se va con él y con las mantillas al quarto de Doña Irene.*

DOÑA IRENE.

Y que fresco tienen aquel locutorio! Vaya, está hecho un cielo.

DOÑA FRANCISCA.

Pues con todo (1), aquella Monja tan gorda, que se llama la Madre Angustias, bien sudaba...Ay! como sudaba la pobre muger!

DOÑA IRENE.

Mi hermana es la que está bastante delicadita. Ha padecido mucho este invierno... Pero, vaya, no sabia que hacerse con su sobrina la buena Señora... Está muy contenta de nuestra eleccion.

D. DIEGO.

Yo celebro que sea tan á gusto de aquellas personas, á quienes debe usted particulares obligaciones.

DOÑA IRENE.

Sí, Trinidad está muy contenta, y en quanto á Circuncision, ya lo ha visto usted. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bien estar, es necesario pasar por todo... Ya se acuerda usted de lo expresiva que estuvo y...

---

(1) *Sentándose junto á Doña Irene.*

D. DIEGO.

Es verdad. Solo falta que la parte interesada tenga la misma satisfaccion que manifiestan quantos la quieren bien.

DOÑA IRENE.

Es hija obediente, y no se apartará jamas de lo que determine su madre.

D. DIEGO.

Todo eso es cierto, pero ..

DOÑA IRENE.

Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

D. DIEGO.

Sí, ya estoy; pero no pudiera, sin faltar á su honor ni á su sangre ?..

DOÑA FRANCISCA.

Me voy, mamá ? (1)

DOÑA IRENE.

No pudiera, no Señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela, que Dios perdone, Doña Gerónima de Pe-

---

(1) *Se levanta y vuelve á sentarse.*

ralta... En casa tengo el quadro, ya le habrá usted visto. Y le hicieron, segun me contaba su merced, para enviársele á su tio carnal el Padre Fray Serapion de S. Juan Crisóstomo, electo Obispo de Mechoacán.

D. DIEGO.

Ya.

DOÑA IRENE.

Y murió en el mar, el buen Religioso: que fue un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte: particularmente mi primo D. Cucufate, Regidor perpetuo de Zamora, no puede oir hablar de su Ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

DOÑA FRANCISCA.

Válgate Dios que moscas tan...

DOÑA IRENE.

Pues murió en olor de santidad.

D. DIEGO.

Eso bueno es.

DOÑA IRENE.

Sí Señor; pero como la familia ha venido tan á menos... Que quiere usted? Donde no hay facultades... Bien que, por lo que puede tronar, ya se le está escribiendo la vida; y quien sabe que el dia de mañana no se imprima,

con el favor de Dios.

D. DIEGO.

Sí, pues ya se ve. Todo se imprime.

DOÑA IRENE.

Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político, el Canonigo de Castroxeriz, no la dexa de la mano: y á la hora de esta, lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprehenden los nueve años primeros de la vida del santo Obispo.

D. DIEGO.

Con que para cada año un tomo?

DOÑA IRENE.

Sí Señor, ese plan se ha propuesto.

D. DIEGO.

Y de que edad murió el Venerable?

DOÑA IRENE.

De ochenta y dos años, tres meses y catorce dias.

DOÑA FRANCISCA.

Me voy mamá?

DOÑA IRENE.

Anda vete. Válgate Dios, que prisa tienes!

DOÑA FRANCISCA.

Quiere usted (1) que le haga una cor-

---

(1) *Se levanta, y despues de hacer una graciosa cortesía á D. Diego, da un beso á Doña Irene y se va al quarto de esta.*

tesía á la francesa, Señor D. Diego?

D. DIEGO.

Sí hija mia. A ver.

DOÑA FRANCISCA.

Mire usted, así.

D. DIEGO.

Graciosa niña! Viva la Paquita, viva.

DOÑA FRANCISCA.

Para usted una cortesía, y para mi mamá, un beso.

SCENA IV.

DOÑA IRENE. D. DIEGO.

DOÑA IRENE.

Es muy gitana y muy mona, mucho.

D. DIEGO.

Tiene un donayre natural que arrebata.

DOÑA IRENE.

Que quiere usted? Criada sin artificio ni embelecos de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho mas de considerar tan inmediata su colocacion; no es maravilla que quanto hace y dice sea una gracia, y máxime á los ojos de usted, que tanto se ha empeñado en favorecerla.

D. DIEGO.

Quisiera solo que se explicase libremente, acerca de nuestra proyectada union, y....

DOÑA IRENE.

Oiria usted lo mismo que le he dicho ya.

D. DIEGO.

Sí, no lo dudo; pero el saber que la merezco alguna inclinacion, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, seria para mí una satisfaccion imponderable.

DOÑA IRENE.

No tenga usted sobre ese particular la mas leve desconfianza; pero hágase usted cargo de que á una niña no la es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal pareceria, Señor D. Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre: yo le quiero á usted.

D. DIEGO.

Bien: si fuese un hombre, á quien hallára por casualidad en la calle y le espetára ese favor de buenas á primeras, cierto que la doncella haria muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos dias, ya

pudiera decirle alguna cosa que... Ademas, que hay ciertos modos de explicarse...

DOÑA IRENE.

Conmigo usa de mas franqueza. A cada instante hablamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que á usted le tiene... Con que juicio hablaba ayer noche, despues que usted se fue á recoger! No sé lo que hubiera dado por que hubiese podido oirla.

D. DIEGO.

Y que? Hablaba de mí?

DOÑA IRENE.

Y que bien piensa, acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años, un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta...

D. DIEGO.

Calle! Eso decia?

DOÑA IRENE.

No, esto se lo decia yo, y me escuchaba con una atencion como si fuera una muger de quarenta años, lo mismo... Buenas cosas la dixe! Y ella que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo... Pues no da lástima, Señor, el ver como se hacen los matrimonios hoy en el dia? Casan á

una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veinte y dos: ella niña, sin juicio, ni experiencia, y él niño tambien, sin asomo de cordura, ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, Señor (que es lo que yo digo) quien ha de gobernar la casa? Quien ha de mandar á los criados? Quien ha de enseñar y correjir á los hijos? Por que sucede tambien, que estos atolondrados de chicos, suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasion.

D. DIEGO.

Cierto que es un dolor, el ver rodeados de hijos á muchos que carecen del talento de la experiencia y de la virtud, que son necesarias para dirigir su educacion.

DOÑA IRENE.

Lo que sé decirle á usted es, que aun no habia cumplido los diez y nueve, quando me casé de pimeras nupcias con mi difunto D. Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de mas respeto, mas caballeroso... Y al mismo tiempo, mas divertido y decidor. Pues, para servir á usted,

ya tenia los cincuenta y seis, muy largos de talle quando se casó conmigo.

D. DIEGO.

Buena edad... No era un niño, pero...

DOÑA IRENE.

Pues á eso voy... Ni á mí podia convenirme en aquel entonces un boquirrubio, con los cascos á la gineta... No Señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud; nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como una manzana; ni en su vida conoció otro mal, si no una especie de alferecía, que le amagaba de quando en quando. Pero luego que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan de recio, que á los siete meses me hallé viuda, y en cinta de una criatura que nació despues, y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla.

D. DIEGO.

Oiga!.. Mire usted si dexó sucesion el bueno de D. Epifanio.

DOÑA IRENE.

Sí Señor, pues por que no?

D. DIEGO.

Lo digo por que luego saltan con... Bien que si uno hubiera de hacer caso... Y fue niño ó niña?

DOÑA IRENE.

Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

D. DIEGO.

Cierto que es consuelo tener, así, una criatura y...

DOÑA IRENE.

Ay! Señor! Dan malos ratos; pero que importa? Es mucho gusto, mucho.

D. DIEGO.

Yo lo creo.

DOÑA IRENE.

Sí Señor.

D. DIEGO.

Ya se ve que será una delicia y...

DOÑA IRENE.

Pues no ha de ser?

D. DIEGO.

Un embeleso, el verlos juguetear y reir y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

DOÑA IRENE.

Hijos de mi vida! Veinte y dos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los quales solo esta niña me ha venido á quedar; pero le aseguro á usted que...

SCENA V.

SIMON. (1) *DOÑA IRENE.*
D. DIEGO.

SIMON.

Señor, el Mayoral está esperando.

D. DIEGO.

Dile que voy allá... Ah! Traeme primero el sombrero y el baston, que quisiera dar una vuelta por el campo (2). Con que, supongo que mañana tempranito saldremos?

DOÑA IRENE.

No hay dificultad. A la hora que á usted le parezca.

D. DIEGO.

A eso de las seis. Eh?

DOÑA IRENE.

Muy bien.

D. DIEGO.

El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora antes.

---

(1) *Sale por la puerta del foro.*

(2) *Entra Simon al quarto de D. Diego, saca un sombrero y un baston, se los da á su amo, y al fin de la scena se va con él por la puerta del foro.*

DOÑA IRENE.

Sí, que hay mil chismes que acomodar.

SCENA VI.

DOÑA IRENE. RITA.

DOÑA IRENE.

Válgame Dios, ahora que me acuerdo... Rita... Me le habrán dexado morir. Rita.

RITA.

Señora. (1)

DOÑA IRENE.

Que has hecho del tordo? Le diste de comer?

RITA.

Sí Señora. Mas ha comido que un abestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

DOÑA IRENE.

Hiciste las camas?

RITA.

La de usted ya está. Voy á hacer esotras antes que anochezca: por que si

---

(1) *Sacará Rita unas sábanas y almohadas debaxo del brazo.*

no, como no hay mas alumbrado que el del candil, y no tiene garavato, me veo perdida.

DOÑA IRENE.

Y aquella chica que hace?

RITA.

Está desmenuzando un vizcocho, para dar de cenar á D. Periquito.

DOÑA IRENE.

Que pereza tengo de escribir! (1) Pero es preciso, que estará con mucho cuidado la pobre Circuncision.

RITA.

Que chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan á ir y venir correos. Que poco me gustan á mí las mugeres gazmoñas y zalameras! (2)

SCENA VII.

CALAMOCHA. (3)

CALAMOCHA.

Con que ha de ser el número tres?

---

(1) *Se levanta y se entra en su quarto.*

(2) *Entrase en el quarto de Doña Francisca.*

(3) *Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; lo dexa todo sobre la mesa, y se sienta.*

Vaya en gracia... Ya, ya conozco el tal número tres. Coleccion de vichos mas abundante, no la tiene el Gabinete de Historia natural... Miedo me da de entrar... Ay! ay!.. Y que agugetas! Estas sí que son agugetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias á que los caballitos dixeron: no podemos mas, que si no, por esta vez no veía yo el número tres, ni las plagas de Faraon que tiene dentro... En fin, como los animales amanezcan vivos, no será poco... Rebentados estan... (1) Oiga!.. Seguidillitas?.. Y no canta mal... Vaya, aventura tenemos... Ay! que desvencijado estoy

SCENA VIII.

RITA. CALAMOCHA.

RITA

Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa y... (2) Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

---

(1) *Canta Rita desde adentro, Calamocha se levanta desperezándose.*

(2) *Forcejeando para echar la llave.*

CALAMOCHA.

Gusta usted de que eche una mano, mi vida?

RITA.

Gracias, mi alma.

CALAMOCHA.

Calle!.. Rita.

RITA.

Calamocha.

CALAMOCHA.

Que hallazgo es este?

RITA.

Y tu amo?

CALAMOCHA.

Los dos acabamos de llegar.

RITA.

De veras?

CALAMOCHA.

No que es chanza. Apenas recibió la carta de Doña Paquita: yo no sé adonde fue, ni con quien habló, ni como lo dispuso; solo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas, por ese camino. Llegamos esta mañana á Guadalaxara, y á las primeras diligencias nos hallamos con que los páxaros volaron ya. A caballo otra vez y vuelta á correr y á sudar y á dar chasquidos... En suma, molidos los rocines y

nosotros á medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana... Mi Teniente se ha ido al Colegio mayor á ver á un amigo, mientras se dispone algo que cenar... Esta es la historia.

RITA.

Con que le tenemos aquí?

CALAMOCHA.

Y enamorado mas que nunca, zeloso, amenazando vidas... Aventurado á quitar el hipo á quantos le disputen la posesion de su Currita idolatrada.

RITA.

Que dices?

CALAMOCHA.

Ni mas ni menos.

RITA.

Que gusto me das!.. Ahora sí se conoce que la tiene amor.

CALAMOCHA.

Amor?.. Friolera!.. El moro Gazul fue para con él un pelele, Medoro un zascandil y Gayferos un chiquillo de la Doctrina.

RITA.

Ay! quando la Señorita lo sepa!

CALAMOCHA.

Pero, acabemos. Como te hallo aquí?

Con quien estas? Quando llegaste? Que...

RITA.

Yo te lo diré. La madre de Doña Paquita dió en escribir cartas y mas cartas, diciendo: que tenia concertado su casamiento en Madrid con un Caballero rico, honrado, bien quisto, en suma, cabal y perfecto; que no habia mas que apetecer. Acosada la Señorita con tales propuestas y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita Monja, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta á todo lo que la mandasen... Pero, no te puedo ponderar quanto lloró la pobrecita, que afligida estuvo. Ni queria comer, ni podia dormir... Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tia no sospechára la verdad del caso. Ello es, que quando pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar á tu amo: esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos habia ponderado, no consentiria que su pobre Paquita pasára á manos de un desconocido, y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y tantos sus-

piros, estrellados en las tapias del corral. Apenas partió la carta á su destino, cata el coche de colleras y el Mayoral Gasparet, con sus medias azules, y la madre y el novio, que vienen por ella: recogimos á toda prisa nuestros meriñaques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mugeres, y en dos latigazos llegamos antes de ayer á Alcalá. La detencion ha sido para que la Señorita visite á otra tia Monja que tiene aquí, tan arrugada y tan sorda como la que dexamos allá. Ya la ha visto, ya la han besado bastante, una por una, todas las Religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Por esta casualidad nos...

CALAMOCHA.

Sí. No digas mas... Pero... Con que el novio está en la posada?

RITA.

Ese es su quarto (1), este el de la madre, y aquel el nuestro.

CALAMOCHA.

Como nuestro? Tuyo y mio?

RITA.

No por cierto. Aquí dormiremos esta

(1) *Señalando el quarto de D. Diego, el de Doña Irene y el de Doña Francisca.*

noche la Señorita y yo: por que ayer, metidas las tres en ese de enfrente, ni cabiamos de pie, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

CALAMOCHA.

Bien... A Dios. (1)

RITA.

Y adonde?

CALAMOCHA.

Yo me entiendo... Pero, el novio trae consigo criados, amigos ó deudos, que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

RITA.

Un criado viene con él.

CALAMOCHA.

Poca cosa!.. Mira, dile en caridad, que se disponga, por que está de peligro. A Dios.

RITA.

Y volverás presto?

CALAMOCHA.

Se supone. Estas cosas piden diligencia; y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi Teniente dexe la visita y venga á cuidar de su hacienda,

---

(1) *Recoge los trastos que puso sobre la mesa en ademan de irse.*

disponer el entierro de ese hombre y... Con que ese es nuestro quarto, eh?

RITA.

Sí. De la Señorita y mio.

CALAMOCHA.

Bribona!

RITA.

Botarate! A Dios.

CALAMOCHA.

A Dios, aborrecida. (1)

SCENA VIII.

DOÑA FRANCISCA. RITA.

RITA.

Que malo es... Pero... Válgame Dios! D. Feliz aquí! Sí, la quiere, bien se conoce... (2) Oh! por mas que digan, los hay muy finos, y entonces, que ha de hacer una?.. Quererlos: no tiene remedio, quererlos... Pero, que dirá la Señorita quando le vea, que está ciega por él? Pobrecita! Pues no seria una lástima que... Ella es. (3)

---

(1) *Entrase con los trastos al quarto de D. Carlos.*

(2) *Sale Calamocha del quarto de D. Carlos, y se va por la puerta del foro.*

(3) *Sale Doña Francisca.*

DOÑA FRANCISCA.

Ay Rita!

RITA.

Que es eso? Ha llorado usted?

DOÑA FRANCISCA.

Pues no he de llorar? Si vieras mi madre... Empeñada está en que he de querer mucho á ese hombre... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaria cosas imposibles... Y que es tan bueno, y que es rico y que me irá tan bien con él... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... Pobre de mí! Por que no miento, ni sé fingir, por eso me llaman picarona.

RITA.

Señorita, por Dios, no se aflija usted.

DOÑA FRANCISCA.

Ya, como tú no lo has oido... Y dice que D. Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reirme y hablar niñerías... Y todo, por dar gusto á mi madre, que si no... Pero, bien sabe la Vírgen, que no me sale del corazon.

RITA.

Vaya, vamos, que no hay motivos to-

davía para tanta angustia... Quien sabe!.. No se acuerda usted ya de aquel dia de asueto que tuvimos el año pasado, en la casa de campo del Intendente?

DOÑA FRANCISCA.

Ay! como puedo olvidarlo?.. Pero, que me vas á contar?

RITA.

Quiero decir, que aquel Caballero que vimos allí, con aquella cruz verde: tan galan, tan fino...

DOÑA FRANCISCA.

Que rodeos!.. D. Feliz. Y que?

RITA.

Que nos fue acompañando hasta la Ciudad...

DOÑA FRANCISCA.

Y bien... Y luego volvió y le vi, por mi desgracia, muchas veces... Mal aconsejada de ti.

RITA.

Por que, Señora?.. A quien dimos escándalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. El no entró jamas por las puertas, y quando de noche hablaba con usted, mediaba entre los dos una distancia tan grande, que usted la maldixo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy á

decir es, que un amante como aquel, no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita... Mire usted que todo quanto hemos leido á hurtadillas en las novelas, no equivale á lo que hemos visto en él... Se acuerda usted de aquellas tres palmadas que se oian entre once y doce de la noche? De aquella sonora, punteada con tanta delicadeza y expresion.

DOÑA FRANCISCA.

Ay! Rita! Sí, de todo me acuerdo y mientras viva conservaré la memoria... Pero está ausente... Y entretenido acaso con nuevos amores.

RITA.

Eso no lo puedo yo creer.

DOÑA FRANCISCA.

Es hombre al fin, y todos ellos...

RITA.

Que boberia! Desengañese usted, Señorita. Con los hombres y las mugeres, sucede lo mismo que con los melones de Añovér. Hay de todo; la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la eleccion, quéxese de su mala suerte; pero no desacredite la mercancía... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creible que lo sea, el que ha da-

do pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero y la conversacion á obscuras, y en todo aquel tiempo, bien sabe usted que no vimos en él una accion descompuesta, ni oimos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad. Por eso le quise tanto: por eso le tengo tan fixo aquí... aquí... (1) Que habrá dicho al ver la carta?.. Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho... Válgate Dios! Es lástima! Cierto. Pobre Paquita... Y se acabó... No habrá dicho mas... Nada mas.

RITA.

No Señora, no ha dicho eso.

DOÑA FRANCISCA.

Que sabes tú?

RITA.

Bien lo sé. Apenas haya leido la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando á consolar á su amiga... Pero... (2)

DOÑA FRANCISCA.

Adonde vas?

---

(1) *Señalando al pecho.*

(2) *Acercándose á la puerta del quarto de Doña Irene.*

RITA.

Quiero ver, si...

DOÑA FRANCISCA.

Está escribiendo.

RITA.

Pues ya presto habrá de dexarlo, que empieza á anochecer... Señorita, lo que la he dicho á usted es la verdad pura. D. Feliz está ya en Alcalá.

DOÑA FRANCISCA.

Que dices? No me engañes.

RITA.

Aquel es su quarto... Calamocha acaba de hablar conmigo.

DOÑA FRANCISCA.

De veras?

RITA.

Sí Señora... Y le ha ido á buscar, para...

DOÑA FRANCISCA.

Con que me quiere?.. Ay! Rita! Mira tú si hicimos bien de avisarle... Pero, ves que fineza?.. Si vendrá bueno? Correr tantas leguas, solo por verme... Por que yo se lo mando... Que agradecida le debo estar!.. Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

RITA.

Voy á traer luces. Procuraré detener-

me por allá abaxo, hasta que vuelvan... Veré lo que dice, y que piensa hacer: por que hallandonos todos aquí, pudiera haber una de Satanás entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

DOÑA FRANCISCA.

Dices bien... Pero, no, el tiene resolucion y talento, y sabrá determinar lo mas conveniente... Y como has de avisarme?.. Mira que así que llegue le quiero ver.

RITA.

No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca... Me entiende usted?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, bien.

RITA.

Pues entonces, no hay mas que salir, con qualquiera excusa. Yo me quedaré con la Señora mayor: la hablaré de todos sus maridos y de sus concuñados y del Obispo que murió en el mar... Ademas que si está allí D. Diego...

DOÑA FRANCISCA.

Bien, anda, y así que llegue...

RITA.

Al instante.

DOÑA FRANCISCA.

Que no se te olvide toser.

RITA.

No haya miedo.

DOÑA FRANCISCA.

Si vieras que consolada estoy!

RITA.

Sin que usted lo jure lo creo.

DOÑA FRANCISCA.

Te acuerdas, quando me decia que era imposible apartarme de su memoria, que no habria peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellára por mí?

RITA.

Sí, bien me acuerdo.

DOÑA FRANCISCA.

Ah!.. Pues mira como me dixo la verdad. (1)

---

(1) *Doña Francisca se va al quarto de Doña Irene. Rita por la puerta del foro.*

ACTO SEGUNDO.

****

SCENA I. (1)

DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

Nadie parece aun... (2) Que impaciencia tengo!.. Y dice mi madre que soy una simple: que solo pienso en jugar y reir, y que no sé lo que es amor... Sí: diez y siete años, y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

SCENA II.

DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Sola y á obscuras me habeis dexado allí.

(1) *Se irá obscureciendo lentamente el teatro, hasta que al principio de la scena tercera vuelve á iluminarse.*

(2) *Acercase á la puerta del foro y vuelve.*

DOÑA FRANCISCA.

Como estaba usted acabando su carta, mamá, por no estorvarla me he venido aquí: que está mucho mas fresco.

DOÑA IRENE.

Pero aquella muchacha que hace, que no trae una luz? Para qualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una polvora... (1) Sea todo por Dios... Y D. Diego no ha venido?

DOÑA FRANCISCA.

Me parece que no.

DOÑA IRENE.

Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este Caballero está sentido y con muchísima razon...

DOÑA FRANCISCA.

Bien, sí Señora, ya lo sé. No me riña usted mas.

DOÑA IRENE.

No es esto reñirte, hija mia, esto es aconsejarte. Por que, como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge:

---

(1) *Siéntase.*

que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando... Médicos, botica... Que se dexaba pedir aquel Caribe de D. Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales, por cada papelillo de píldoras de coloquintida y asafétida... Mira que un casamiento como el que vas á hacer muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tias, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus meritos ni á mi diligencia... Que dices?

DOÑA FRANCISCA.

Yo nada, mamá.

DOÑA IRENE.

Pues, nunca dices nada. Válgame Dios, Señor!.. En hablandote de esto, no te ocurre nada que decir.

SCENA III.

RITA. (1) DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Vaya, muger: yo pensé que en toda la noche no venías.

RITA.

Señora, he tardado, porque han tenido que ir á comprar las velas. Como el tufo del velon la hace á usted tanto daño.

DOÑA IRENE.

Seguro que me hace muchísimo mal, con esta xaqueca que padezco... Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos; si no me sirvieron de nada. Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, dexa una luz ahí y llévate la otra á mi quarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

RITA.

Muy bien. (2)

---

(1) *Sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa.*

(2) *Toma una luz y hace que se va.*

DOÑA FRANCISCA.

No ha venido? (1)

RITA.

Vendrá.

DOÑA IRENE.

Oyes, aquella carta que está sobre la mesa, dasela al mozo de la posada, para que la lleve al instante al correo... (2) Y tu, niña, que has de cenar? Por que será menester recogernos presto, para salir mañana de madrugada.

DOÑA FRANCISCA.

Como las Monjas me hicieron merendar...

DOÑA IRENE.

Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero, para el abrigo del estómago... (3) Mira, has de calentar el caldo que apartamos al medio dia, y haznos un par de tazas de sopas, y traetelas luego que esten.

RITA.

Y nada mas?

DOÑA IRENE.

No, nada mas... Ah! y hazmelas bien caldositas.

(1) *Aparte.*
(2) *Vase Rita al quarto de Doña Irene.*
(3) *Sale Rita con una carta en la mano y hasta el fin de la scena hace que se va y vuelve, segun lo indica el diálogo.*

RITA.

Si, ya lo sé.

DOÑA IRENE.

Rita.

RITA.

Otra. Que manda usted?

DOÑA IRENE.

Encarga mucho al mozo, que lleve la carta al instante... Pero, no Señor, mejor es... No quiero que la lleve él: que son unos borrachones, que no se les puede... Has de decir á Simon, que digo yo, que me haga el gusto de echarla en el correo. Lo entiendes?

RITA.

Si Señora.

DOÑA IRENE.

Ah! mira.

RITA.

Otra.

DOÑA IRENE.

Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí, de modo que no se caiga y se me lastime... (1) Que noche tan mala me dió!.. Pues no se estuvo el animal toda la noche de

---

(1) *Vase Rita por la puerta del foro.*

Dios, rezando el Gloria Patri y la oracion del Santo Sudario!.. Ello por otra parte edificaba, cierto... Pero quando se trata de dormir...

SCENA IV.

DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Pues mucho será que D. Diego no haya tenido algun encuentro por ahí y eso le detenga. Cierto que es un Señor muy mirado, muy puntual... Tan buen cristiano! Tan atento! Tan bien hablado! Y con que garbo y generosidad se porta!.. Ya se ve, un sugeto de bienes y de posibles... Y que casa tiene! Como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. Que ropa blanca! Que bateria de cocina! Y que despensa, llena de quanto Dios crió!.. Pero, tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.

DOÑA FRANCISCA.

Si Señora, bien lo oygo; pero no la queria interrumpir á usted.

DOÑA IRENE.

Alli estarás, hija mia, como el pez en

el agua; paxaritas del ayre, que apetecieras, las tendrias: por que como él te quiere tanto, y es un Caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa de veras, el que siempre que te hablo de esto, hayas dado en la flor de no responderme palabra... Pues no es cosa particular, Señor!

DOÑA FRANCISCA.

Mamá, no se enfade usted.

DOÑA IRENE.

No es buen empeño de... Y te parece á tí que no sé yo muy bien de donde viene todo eso?.. No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito?.. Perdoneme Dios.

DOÑA FRANCISCA.

Pero... Pues que sabe usted?

DOÑA IRENE.

Me quieres engañar á mí, eh? Ay! hija! He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetracion, para que tú me engañes.

DOÑA FRANCISCA.

Perdida soy. (1)

---

(1) *Aparte.*

DOÑA IRENE.

Sin contar con su madre... Como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que, aunque no hubiera sido con esta ocasion, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir á pie y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... Mire usted que juicio de niña este! Que, por que ha vivido un poco de tiempo entre Monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella Monja tambien... Ni que entiende ella de eso, ni que... En todos los estados se sirve á Dios, Frazquita; pero el complacer á su madre, asistirla, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligacion de una hija obediente. Y sepalo usted, si no lo sabe.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla á usted.

DOÑA IRENE.

Si, que no sé yo...

DOÑA FRANCISCA.

No Señora. Créame usted. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

DOÑA IRENE.

Mira si es cierto lo que dices.

DOÑA FRANCISCA.

Si Señora, que yo no sé mentir.

DOÑA IRENE.

Pues, hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás, sino te portas en un todo como corresponde... Cuidado con ella.

DOÑA FRANCISCA.

Pobre de mí! (1)

SCENA V.

D. DIEGO. (2) DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Pues, como tan tarde?

D. DIEGO.

Apenas salí, tropecé con el Padre Guardian de S. Diego y el Doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos, no me han querido soltar... (3) Y á todo esto como va?

---

(1) *Aparte.*

(2) *Sale por la puerta del foro, y dexa sobre la mesa sombrero y baston.*

(3) *Siéntase junto á Doña Irene.*

DOÑA IRENE.

Muy bien.

D. DIEGO.

Y Doña Paquita?

DOÑA IRENE.

Doña Paquita, siempre acordandose de sus Monjas. Ya la digo, que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar solo en dar gusto á su madre y obedecerla.

D. DIEGO.

Que diantre! Con que tanto se acuerda de...

DOÑA IRENE.

Que se admira usted? Son niñas... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad, así, tan...

D. DIEGO.

No, poco á poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo mas energicas y decisivas que en la nuestra: y por quanto la razon se halla todavia imperfecta y debil, los impetus del corazon son mucho mas violentos... (1) Pero, de veras, Doña Paquita, se volveria usted al convento de buena gana?.. La verdad.

---

(1) *Asiendo de una mano á Doña Francisca la hace sentar inmediata á él.*

DOÑA IRENE.

Pero, si ella no...

D. DIEGO.

Dexela usted, Señora, que ella responderá.

DOÑA FRANCISCA.

Bien sabe usted lo que acabo de decirla... No permita Dios que yo la dé que sentir.

D. DIEGO.

Pero eso lo dice usted tan afligida, y...

DOÑA IRENE.

Si es natural, Señor. No ve usted que...

D. DIEGO.

Calle usted por Dios, Doña Irene, y no me diga usted á mí lo que es natural. Lo que es natural es: que la chica esté llena de miedo y no se atreva á decir una palabra, que se oponga á lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mia, que estabamos lucidos.

DOÑA FRANCISCA.

No Señor, lo que dice su merced eso digo yo. Lo mismo. Por que en todo lo que me manda la obedeceré.

D. DIEGO.

Mandar, hija mia!.. En estas mate-

rias tan delicadas, los padres que tienen juicio no mandan. Insinuan, proponen, aconsejan: eso sí, todo eso sí; pero mandar!.. Y quien ha de evitar despues, las resultas funestas de lo que mandaron?... Pues quantas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente por que un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera?.. Quantas veces una desdichada muger, halla anticipada la muerte en el encierro de un claustro, porque su madre ó su tio se empeñaron en regalar á Dios, lo que Dios no queria?.. Eh! No Señor, eso no va bien... Mire usted, Doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura, ni mi edad, son para enamorar perdidamente á nadie; pero tampoco he creido imposible, que una muchacha de juicio y bien criada, llegase á quererme, con aquel amor tranquilo y constante; que tanto se parece á la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo, no he ido á buscar ninguna hija de familia, de estas que viven en una decente libertad... Decente: que yo no culpo lo que

no se opone al exercicio de la virtud. Pero, qual seria entre todas ellas, la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante, mas apetecible que yo? Y en Madrid, figurese usted en un Madrid... Lleno de estas ideas, me pareció que tal vez hallaria en usted todo quanto yo deseaba...

DOÑA IRENE.

Y puede usted creer, Señor D. Diego, que...

D. DIEGO.

Voy á acabar, Señora, dexeme usted acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como usted, las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devocion y la virtud; pero, si á pesar de todo esto, la imaginacion acalorada, las circunstancias imprevistas, la hubiesen hecho elegir sugeto mas digno: sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo: mi corazon y mi lengua no se contradicen jamas. Esto mismo la pido á usted, Paquita: sinceridad. El cariño que á usted la tengo, no la debe hacer infeliz... Su madre de usted no

es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si usted no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algun otro cuidadillo en su corazon: creame usted, la menor disimulacion en esto nos daria á todos muchísimo que sentir.

DOÑA IRENE.

Puedo hablar ya, Señor?

D. DIEGO.

Ella, ella debe hablar; y sin apuntador, y sin interprete.

DOÑA IRENE.

Quando yo se lo mande.

D. DIEGO.

Pues ya puede usted mandarselo, por que á ella la toca responder... Con ella he de casarme, con usted no.

DOÑA IRENE.

Yo creo, Señor D. Diego, que ni con ella ni conmigo. En que concepto nos tiene usted?.. Bien dice su padrino y bien claro me lo escribió pocos dias há, quando le dí parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo; y á quantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta como está, y continuamente nos en-

via memorias con el Ordinario.

D. DIEGO.

Y bien, Señora, que escribió el padrino?.. O por mejor decir, que tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

DOÑA IRENE.

Si Señor que tiene que ver, si Señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á usted que ni un Padre de Atocha hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió, sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningun Catedrático, ni Bachiller, ni nada de eso; sino un qualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada, con un empleillo infeliz en el Ramo del viento que apenas le da para comer... Pero, es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia, y escribe que dá gusto... Quasi toda la carta venia en latin, no le parezca á usted, y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible si no que adivinase, lo que nos está succediendo.

D. DIEGO.

Pero, Señora, si no sucede nada, ni hay cosa que á usted la deba disgustar.

DOÑA IRENE.

Pues no quiere usted que me disguste, oyéndole hablar de mi hija en unos terminos, que... Ella otros amores, ni otros cuidados!.. Pues si tal hubiera... Válgame Dios!.. La mataba á golpes, mire usted... Respóndele, una vez que quiere que hables y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dexaste en Madrid, quando tenias doce años, y los que has adquirido en el convento, al lado de aquella santa muger. Díselo para que se tranquilice y...

D. DIEGO.

Yo, Señora, estoy mas tranquilo que usted.

DOÑA IRENE.

Respóndele.

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé que decir. Si ustedes se enfadan.

D. DIEGO.

No, hija mia. Esto es dar alguna expresion á lo que se dice; pero enfadarnos, no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

DOÑA IRENE.

Si Señor que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que usted nos hace... Por eso mismo...

D. DIEGO.

No se hable de agradecimiento: quanto yo puedo hacer, todo es poco... Quiero solo que Doña Paquita esté contenta.

DOÑA IRENE.

Pues no ha de estarlo? Responde.

DOÑA FRANCISCA.

Si Señor que lo estoy.

D. DIEGO.

Y que la mudanza de estado que se la previene, no la cueste el menor sentimiento.

DOÑA IRENE.

No Señor, todo al contrario... Boda mas á gusto de todos, no se pudiera imaginar.

D. DIEGO.

En esa inteligencia, puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse despues. En nuestra compañía vivirá querida y adorada; y espero que á fuerza de beneficios, he de merecer su estimacion y su amistad.

DOÑA FRANCISCA.

Gracias, Señor D. Diego... A una huérfana, pobre, desvalida como yo!..

D. DIEGO.

Pero de prendas tan estimables, que la hacen á usted digna todavía de

mayor fortuna.

DOÑA IRENE.

Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Mamá. (1)

DOÑA IRENE.

Ves lo que te quiero?

DOÑA FRANCISCA.

Si Señora.

DOÑA IRENE.

Y quanto procuro tu bien? Que no tengo otro pío, sino el de verte colocada, antes que yo falte?

DOÑA FRANCISCA.

Bien lo conozco.

DOÑA IRENE.

Hija de mi vida!.. Has de ser buena?

DOÑA FRANCISCA.

Si Señora.

DOÑA IRENE.

Ay! que no sabes tú lo que te quiere tu madre!

DOÑA FRANCISCA.

Pues qué? No la quiero yo á usted?

D. DIEGO.

Vamos, vamos de aquí. (2) No venga

---

(1) *Levántase Doña Francisca, abraza á su madre y se acarician mutuamente.*

(2) *Levántase Don Diego y despues Doña Irene.*

alguno y nos halle á los tres, llorando como tres chiquillos.

DOÑA IRENE.

Si, dice usted bien. (1)

SCENA VI.

RITA. DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita... Eh! chit... Señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Que quieres?

RITA.

Ya ha venido.

DOÑA FRANCISCA.

Como?

RITA.

Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo, con licencia de usted, y ya sube por la escalera.

DOÑA FRANCISCA.

Ay! Dios!.. Y que debo hacer?

RITA.

Donosa pregunta!.. Vaya, lo que im-

---

(1) *Vanse los dos al quarto de Doña Irene. Doña Francisca va detras y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener.*

porta es, no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto... y juicio... Y mire usted que en el parage en que estamos, la conversacion no puede ser muy larga... Ahí está.

DOÑA FRANCISCA.

Sí... El es.

RITA.

Voy á cuidar de aquella gente... Valor, Señorita, y resolucion. (1)

DOÑA FRANCISCA.

No, no, que yo tambien... Pero, no lo merece.

SCENA VII.

D. CARLOS. (2) DOÑA FRANCISCA.

D. CARLOS.

Paquita... Vida mia! Ya estoy aquí... Como va, hermosa, como va?

DOÑA FRANCISCA.

Bien venido.

D. CARLOS.

Como tan triste?.. No merece mi llegada mas alegría?

---

(1) *Rita se va al quarto de Doña Irene.*
(2) *Sale por la puerta del foro.*

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad; pero acaban de sucederme cosas, que me tienen fuera de mí... Sabe usted... Sí, bien lo sabe usted... Despues de escrita aquella carta, fueron por mí... Mañana á Madrid... Ahí está mi madre.

D. CARLOS.

En donde?

DOÑA FRANCISCA.

Ahí, en ese quarto. (1)

D. CARLOS.

Sola?

DOÑA FRANCISCA.

No Señor.

D. CARLOS.

Estará en compañía del prometido esposo. (2) Mejor... Pero, no hay nadie mas con ella?

DOÑA FRANCISCA.

Nadie mas: solos estan... Que piensa usted hacer?

D. CARLOS.

Si me dexase llevar de mi pasion y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero, tiempo hay... El tam-

---

(1) *Señalando al quarto de Doña Irene.*

(2) *Se acerca al quarto de Doña Irene, se detiene, y vuelve.*

bien será hombre de honor, y no es justo insultarle, por que quiere bien á una muger, tan digna de ser querida... Yo no conozco á su madre de usted, ni... Vamos, ahora nada se puede hacer... Su decoro de usted merece la primera atencion.

DOÑA FRANCISCA.

Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

D. CARLOS.

No importa.

DOÑA FRANCISCA.

Quiere que esta boda se celebre, así que lleguemos á Madrid.

D. CARLOS.

Qual?.. No. Eso no.

DOÑA FRANCISCA.

Los dos estan de acuerdo, y dicen...

D. CARLOS.

Bien... Dirán... Pero, no puede ser.

DOÑA FRANCISCA.

Mi madre no me habla continuamente de otra materia... Me amenaza, me ha llenado de temor... El insta por su parte: me ofrece tantas cosas, me...

D. CARLOS.

Y usted que esperanza le da?.. Ha prometido quererle mucho?





DOÑA FRANCISCA.

Ingrato!.. Pues no sabe usted que... Ingrato!

D. CARLOS.

Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

DOÑA FRANCISCA.

Y el último.

D. CARLOS.

Y antes perderé la vida, que renunciar el lugar que tengo en ese corazon... Todo él es mio... Digo bien? (1)

DOÑA FRANCISCA.

Pues de quien ha de ser?

D. CARLOS.

Hermosa! Que dulce esperanza me aníma!.. Una sola palabra de esa boca, me asegura... Para todo me da valor... En fin: ya estoy aquí. Usted me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligacion, mil y mil veces prometida? Pues á eso mismo vengo yo... Si ustedes se van á Madrid mañana, yo voy tambien. Su madre de usted sabrá quien soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso: á quien, mas que

(1) *Asiéndola de las manos.*

tio, debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo mas inmediato, ni mas querido que yo: es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para usted algun atractivo, esta circunstancia añadiria felicidades á nuestra union.

DOÑA FRANCISCA.

Y que vale para mí toda la riqueza del mundo?

D. CARLOS.

Ya lo sé. La ambicion no puede agitar á un alma tan inocente.

DOÑA FRANCISCA.

Querer y ser querida... Ni apetezco mas, ni conozco mayor fortuna.

D. CARLOS.

Ni hay otra.. Pero usted debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra afliccion presente en durables dichas.

DOÑA FRANCISCA.

Y que se ha de hacer, para que á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre?.. Me quiere tanto!.. Si acabo de decirla que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamas: que siempre seré obediente y buena... Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acer-

té á decirla... Yo no sé, no sé que camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

D. CARLOS.

Yo le buscaré... No tiene usted confianza en mí?

DOÑA FRANCISCA.

Pues no he de tenerla? Piensa usted que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, que habia yo de hacer? Si usted no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto: sin tener á quien volver los ojos, ni poder comunicar á nadie la causa de ellas... Pero usted ha sabido proceder como Caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere. (1)

D. CARLOS.

Que llanto!.. Como persuade!.. Sí, Paquita, yo solo basto para defenderla á usted de quantos quieran oprimirla. A un amante favorecido, quien puede oponersele? Nada hay que temer.

(1) *Se enternece y llora.*

DOÑA FRANCISCA.

Es posible?

D. CARLOS.

Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y solo el brazo de la muerte bastará á dividirlas.

SCENA VIII.

RITA. D. CARLOS. DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita, adentro. La mamá pregunta por usted. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante... Y usted Señor galan, ya puede tambien disponer de su persona.

D. CARLOS.

Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

DOÑA FRANCISCA.

Ni yo.

D. CARLOS.

Hasta mañana... Con la luz del dia veremos á este dichoso competidor.

RITA.

Un Caballero muy honrado, muy rico, muy prudente: con su chupa larga, su camisola limpia y sus sesenta años de-

baxo del peluquin. (1)

DOÑA FRANCISCA.

Hasta mañana.

D. CARLOS.

A Dios, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Acuestese usted, y descanse.

D. CARLOS.

Descansar con zelos?

DOÑA FRANCISCA.

De quien?

D. CARLOS.

Buenas noches... Duerma usted bien, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Dormir con amor?

D. CARLOS.

A Dios: vida mia.

DOÑA FRANCISCA.

A Dios. (2)

---

(1) *Se va por la puerta del foro.*
(2) *Entrase al quarto de Doña Irene.*

SCENA IX.

D. CARLOS. CALAMOCHA. RITA.

D. CARLOS.

Quitármela! (1) No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio, repugnandolo su hija... Mediando yo... Sesenta años!.. Precisamente será muy rico... El dinero!.. Maldito él sea, que tantos desordenes origina.

CALAMOCHA.

Pues, Señor, (2) tenemos un medio cabrito asado, y... A lo menos, parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros; sin anapelos, ni otra materia extraña: bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay mas que pedir. Pan de Meco, vino de la Tercia... Con que si hemos de cenar y dormir, me parece que seria bueno...

D. CARLOS.

Vamos... Y á donde ha de ser?

---

(1) *Paseándose con inquietud.*
(2) *Sale Calamocha por la puerta del foro.*

CALAMOCHA.

Abaxo... Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de Herrador.

RITA.

Quien quiere sopas? (1)

D. CARLOS.

Buen provecho.

CALAMOCHA.

Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

RITA.

La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero, lo agradece, Señor militar. (2)

CALAMOCHA.

Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

D. CARLOS.

Con que, vamos?

CALAMOCHA.

Ay! ay! ay!.. (3) Eh! chit, digo...

---

(1) *Sale Rita por la puerta del foro con unos platos, taza, cucharas y servilleta.*

(2) *Entrase al quarto de Doña Irene.*

(3) *Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve: se acerca á D. Carlos, y hablan aparte hasta el fin de la scena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.*

D. CARLOS.

Que?

CALAMOCHA.

No ve usted lo que viene por allí?

D. CARLOS.

Es Simon?

CALAMOCHA.

El mismo... Pero, quien diablos le...

D. CARLOS.

Y que haremos?

CALAMOCHA.

Que se yo?.. Sonsacarle, mentir y...
Me da usted licencia para que...

D. CARLOS.

Sí, miente lo que quieras... A que habrá venido este hombre?

SCENA X.

SIMON. (1) *D. CARLOS. CALAMOCHA.*

CALAMOCHA.

Simon, tú por aquí?

SIMON.

A Dios, Calamocha. Como va?

CALAMOCHA.

Lindamente.

---

(1) *Sale por la puerta del foro.*

SIMON.

Quanto me alegro de...

D. CARLOS.

Hombre! tú en Alcalá? Pues que novedad es esta?

SIMON.

Oh! que estaba usted ahí, Señorito... Voto va sanes!

D. CARLOS.

Y mi tio?

SIMON.

Tan bueno.

CALAMOCHA.

Pero se ha quedado en Madrid, ó...

SIMON.

Quien me habia de decir á mí... Cosa como ella! Tan ageno estaba yo ahora de... Y usted de cada vez mas guapo... Con que usted irá á ver al tio, eh?

CALAMOCHA.

Tú habrás venido con algun encargo del amo.

SIMON.

Y que calor traxe y que polvo por ese camino! Ya, ya!

CALAMOCHA.

Alguna cobranza, tal vez. Eh?

D. CARLOS.

Puede ser. Como tiene mi tio ese po-

co de hacienda en Ajalvír... No has venido á eso?

SIMON.

Y que buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego mas marrullero y mas bellaco, no le hay en toda la campiña... Con que usted viene ahora de Zaragoza?

D. CARLOS.

Pues... Figurate tú.

SIMON.

O va usted allá?

D. CARLOS.

Adonde?

SIMON.

A Zaragoza. No está allí el Regimiento?

CALAMOCHA.

Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, no habiamos de haber andado mas de quatro leguas?

SIMON.

Que sé yo? Algunos van por la posta, y tardan mas de quatro meses en llegar... Debe de ser un camino muy malo.

CALAMOCHA.

Maldito (1) seas tú y tu camino, y la

---

(1) *Aparte, separándose de Simon.*

bribona que te dió papilla.

D. CARLOS.

Pero aun no me has dicho, si mi tio está en Madrid, ó en Alcalá, ni á que has venido, ni...

SIMON.

Bien, á eso voy... Sí Señor, voy á decir á usted... Con que... Pues el amo me dixo...

SCENA XI.

D. DIEGO. D. CARLOS. SIMON. CALAMOCHA.

D. DIEGO.

No, no es menester: si hay luz aquí. Buenas noches, Rita. (1)

D. CARLOS.

Mi tio!..

D. DIEGO.

Simon. (2)

SIMON.

Aquí estoy, Señor.

---

(1) *Desde adentro. D. Carlos se turba, y se aparta á un extremo del teatro.*

(2) *Sale D. Diego del quarto de Doña Irene encaminandose al suyo: repara en D. Carlos, y se acerca á él. Simon le alumbra, y vuelve á dexar la luz sobre la mesa.*

D. CARLOS.

Todo se ha perdido!

D. DIEGO.

Vamos... Pero... Quien es?

SIMON.

Un amigo de usted, Señor.

D. CARLOS.

Yo estoy muerto!

D. DIEGO.

Como, un amigo?.. Que?.. Acerca esa luz.

D. CARLOS.

Tio. (1)

D. DIEGO.

Quitate de ahí.

D. CARLOS.

Señor.

D. DIEGO.

Quitate... No sé como no le... Que haces aquí?

D. CARLOS.

Si usted se altera y...

D. DIEGO.

Que haces aquí?

D. CARLOS.

Mi desgracia me ha traido.

---

(1) *En ademan de besar la mano á D. Diego, que le aparta de si con enojo.*

D. DIEGO.

Siempre dándome que sentir, siempre! Pero... (1) Que dices? De veras, ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... Que te sucede?.. Por que estás aquí?

CALAMOCHA.

Por que le tiene á usted ley, y le quiere bien, y...

D. DIEGO.

A ti no te pregunto nada... Por qué has venido de Zaragoza, sin que yo lo sepa?.. Por que te asusta el verme?.. Algo has hecho: sí, alguna locura has hecho, que le habrá de costar la vida á tu pobre tio.

D. CARLOS.

No, Señor: que nunca olvidaré las máxîmas de honor y prudencia que usted me ha inspirado tantas veces.

D. DIEGO.

Pues á que veniste?.. Es desafio? Son deudas? Es algun disgusto con tus Gefes?.. Sácame de esta inquietud, Carlos... Hijo mio, sácame de este afan.

CALAMOCHA.

Si todo ello no es mas, que...

---

(1) *Acercándose á D. Carlos.*

D. DIEGO.

Ya he dicho que calles... Ven acá. (1) Dime que ha sido?

D. CARLOS.

Una ligereza, una falta de sumision á usted. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le ha dado el verme.

D. DIEGO.

Y que otra cosa hay?

D. CARLOS.

Nada mas, Señor.

D. DIEGO.

Pues que desgracia era aquella, de que me hablaste?

D. CARLOS.

Ninguna. La de hallarle á usted en este parage... Y haberle disgustado tanto; quando yo esperaba sorprehenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

D. DIEGO.

No hay mas?

---

(1) *Asiendo de una mano á D. Carlos, se aparta con él á un extremo del teatro, y le habla en voz baxa.*

D. CARLOS.

No Señor.

D. DIEGO.

Miralo bien.

D. CARLOS.

No Señor... A eso venia. No hay nada mas.

D. DIEGO.

Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No Señor... Ni quien ha de permitir que un Oficial se vaya quando se le antoje y abandone de ese modo sus vanderas?.. Pues si tales exemplos se repitieran mucho, á Dios disciplina militar... Vamos... Eso no puede ser.

D. CARLOS.

Considere usted, tio, que estamos en tiempo de paz: que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto, como en otras plazas, en que no se permite descanso á la guarnicion... Y, en fin, puede usted creer que este viage supone la aprobacion y la licencia de mis superiores: que yo tambien miro por mi estimacion, y que quando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

D. DIEGO.

Un Oficial siempre hace falta á sus soldados. El Rey le tiene allí para que los

instruya, los proteja y les dé exemplos de subordinacion, de valor, de virtud.

D. CARLOS.

Bien está; pero ya he dicho los motivos...

D. DIEGO.

Todos esos motivos no valen nada... Por que le dió la gana de ver al tio!.. Lo que quiere su tio de usted no es verle cada ocho dias; sino saber que es hombre de juicio y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero, (1) yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que usted ha de hacer ahora es marcharse, inmediatamente.

D. CARLOS.

Señor, si...

D. DIEGO.

No hay remedio... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aquí.

CALAMOCHA.

Es que los caballos no están ahora para correr... Ni pueden moverse.

D. DIEGO.

Pues con ellos (2) y con las maletas,

---

(1) *Alza la voz, y se pasea inquieto.*
(2) *A Calamocha.*

al meson de afuera... Usted (1) no ha de dormir aquí... Vamos, (2) tú, buena pieza, meneate. Abaxo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos y marchar... Ayúdale tú... (3) Que dinero tienes ahí?..

SIMON.

Tendré unas quatro ó seis onzas. (4)

D. DIEGO.

Dámelas acá... Vamos, que haces?.. (5) No he dicho que ha de ser al instante?.. Volando. Y tú, (6) ve con él, ayúdale, y no te me apartes de allí, hasta que se hayan ido. (7)

---

(1) *A D. Carlos.*
(2) *A Calamocha.*
(3) *A Simon.*
(4) *Saca de un bolsillo unas monedas, y se las da á D. Diego.*
(5) *A Calamocha.*
(6) *A Simon.*
(7) *Los dos criados entran en el quarto de D. Carlos.*

SCENA XII.

D. DIEGO. D. CARLOS.

D. DIEGO.

Tome usted. (1) Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que quando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?.. Y no hay que afligirse por eso; ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre, y en obrando tú segun corresponde, seré tu amigo, como lo he sido hasta aquí.

D. CARLOS.

Ya lo sé.

D DIEGO.

Pues, bien, ahora obedece lo que te mando.

D. CARLOS.

Lo haré sin falta.

D. DIEGO.

Al meson de afuera. (2) Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y

---

(1) *Le da el dinero.*

(2) *A los dos criados que salen con los trastos del quarto de D. Carlos, y se van por la puerta del foro.*

descansan... Y no me vuelvas aquí, por ningun pretexto, ni entres en la Ciudad... Cuidado. Y á eso de las tres ó las quatro, marchar. Mira que yo he de saber á la hora que sales. Lo entiendes?

D. CARLOS.

Sí Señor.

D. DIEGO.

Mira que lo has de hacer.

D. CARLOS.

Sí Señor: haré lo que usted manda.

D. DIEGO.

Muy bien... A Dios. Todo te lo perdono... Vete con Dios... Y yo sabré tambien quando llegas á Zaragoza: no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

D. CARLOS.

Pues que hice yo?

D. DIEGO.

Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, que mas quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

D. CARLOS.

Quede usted con Dios. (1)

---

(1) *Hace que se va, y vuelve.*

D. DIEGO.

Sin besar la mano á su tio. Eh?

D. CARLOS.

No me atreví. (1)

D. DIEGO.

Y dame un abrazo, por si no nos volvemos á ver.

D. CARLOS.

Que dice usted? No lo permita Dios.

D. DIEGO.

Quien sabe, hijo mio! Tienes algunas deudas? Te falta algo?

D. CARLOS.

No Señor, ahora no.

D. DIEGO.

Mucho es: por que tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tio... Pues bien: yo escribiré al Señor Aznár para que te dé cien doblones, de orden mia. Y mira como lo gastas... Juegas?

D. CARLOS.

No Señor, en mi vida.

D. DIEGO.

Cuidado con eso... Con que, buen viage. Y no te acalores: jornadas regulares y nada mas... Vas contento?

---

(1) *Besa la mano á D. Diego y se abrazan.*

D. CARLOS.

No Señor. Por que usted me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

D. DIEGO.

No se hable ya de lo pasado... A Dios...

D. CARLOS.

Queda usted enojado conmigo?

D. DIEGO.

No, no por cierto... Me disgusté bastante; pero ya se acabó... No me des que sentir. (1) Portarse como hombre de bien.

D. CARLOS.

No lo dude usted.

D. DIEGO.

Como Oficial de honor.

D. CARLOS.

Así lo prometo.

D. DIEGO.

A Dios, Carlos. (2)

D. CARLOS.

Y la dexo!.. (3) y la pierdo para siempre!

---

(1) *Poniéndole ambas manos sobre los hombros.*
(2) *Abrazanse.*
(3) *Aparte, al irse por la puerta del foro.*

SCENA XIII.

D. DIEGO.

D. DIEGO.
Demasiado bien se ha dispuesto... Luego lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribírselo, que... Despues de hecho no importa nada... Pero siempre aquel respeto al tio!.. Como una malva es. (1)

SCENA XIV.

DOÑA FRANCISCA. RITA. (2)

RITA.
Mucho silencio hay por aquí.

DOÑA FRANCISCA.
Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

RITA.
Precisamente.

---

(1) *Se enxuga las lágrimas, toma la luz, y se va á su quarto. El teatro queda solo y obscuro por un breve espacio.*

(2) *Salen del quarto de Doña Irene. Rita sacará una luz, y la pone encima de la mesa.*

DOÑA FRANCISCA.

Un camino tan largo!

RITA.

A lo que obliga el amor, Señorita!

DOÑA FRANCISCA.

Si, bien puedes decirlo, amor... Y yo que no hiciera por él?

RITA.

Y, dexe usted, que no ha de ser este el último milagro. Quando lleguemos á Madrid, entonces será ella... El pobre D. Diego, que chasco se va á llevar! Y por otra parte, vea usted que Señor tan bueno, que cierto da lástima...

DOÑA FRANCISCA.

Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretension, ni yo tendria que disimular mi repugnancia... Pero, ya es otro tiempo, Rita. D. Feliz ha venido, y ya no temo á nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la mas dichosa de las mugeres.

RITA.

Ay! ahora que me acuerdo... Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo tambien la

cabeza... Voy por él. (1)

DOÑA FRANCISCA.

A que vas?

RITA.

El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

DOÑA FRANCISCA.

Sí: traele: no empiece á rezar como anoche... Allí quedó junto á la ventana... Y ve con cuidado, no despierte mamá.

RITA.

Sí, mire usted el estrépito de caballerias que anda por allá abaxo... Hasta que lleguemos á nuestra Calle del Lobo, número siete, quarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito porton, que rechina, que...

DOÑA FRANCISCA.

Te puedes llevar la luz.

RITA.

No es menester, que ya sé donde está. (2)

---

(1) *Encaminándose al quarto de Doña Irene.*
(2) *Vase al quarto de Doña Irene.*

SCENA XV.

SIMON. (1) DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

Yo pensé que estaban ustedes acostados.

SIMON.

El amo ya habrá hecho esa diligencia; pero yo todavía no sé en donde he de tender el rancho... Y buen sueño que tengo.

DOÑA FRANCISCA.

Que gente nueva ha llegado ahora?

SIMON.

Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

DOÑA FRANCISCA.

Los harrieros?

SIMON.

No Señora. Un Oficial y un criado suyo, que parece que se van á Zaragoza.

DOÑA FRANCISCA.

Quienes dice usted que son?

---

(1) *Sale por la puerta del foro.*

SIMON.

Un Oficial de caballería y su asistente.

DOÑA FRANCISCA.

Y estaban aquí?

SIMON.

Si Señora: ahí en ese quarto.

DOÑA FRANCISCA.

No los he visto.

SIMON.

Parece que llegaron esta tarde y... A la cuenta habrán despachado ya la comision que traían... Con que se han ido... Buenas noches, Señorita. (1)

SCENA XVI.

RITA. DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

Dios mio de mi alma! Que es esto?.. No puedo sostenerme... Desdichada! (2)

RITA.

Señorita, yo vengo muerta. (3)

---

(1) *Vase al quarto de D. Diego.*

(2) *Siéntase en una silla inmediata á la mesa.*

(3) *Saca la jaula del tordo y la dexa encima de la mesa, abre la puerta del quarto de D. Carlos y vuelve.*

DOÑA FRANCISCA.

Ay! que es cierto!.. Tu lo sabes tambien?

RITA.

Dexe usted, que todavía no creo lo que he visto... Aquí no hay nadie... Ni maletas, ni ropa, ni... Pero como podia engañarme? Si yo misma los he visto salir.

DOÑA FRANCISCA.

Y eran ellos?

RITA.

Si Señora. Los dos.

DOÑA FRANCISCA.

Pero se han ido fuera de la Ciudad?

RITA.

Si no los he perdido de vista, hasta que salieron por Puerta de Mártires... Como está un paso de aquí.

DOÑA FRANCISCA.

Y es ese el camino de Aragon?

RITA.

Ese es.

DOÑA FRANCISCA.

Indigno!.. Hombre indigno!

RITA.

Señorita...

DOÑA FRANCISCA.

En que te ha ofendido esta infeliz?

RITA.

Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprehensible... Si no alcanzo á discurrir que motivos ha podido haber para esta novedad.

DOÑA FRANCISCA.

Pues no le quise mas que á mi vida?.. No me ha visto loca de amor?

RITA.

No sé que decir, al considerar una accion tan infame.

DOÑA FRANCISCA.

Que has de decir? Que no me ha querido nunca, ni es hombre de bien... Y vino para esto?.. Para engañarme, para abandonarme así! (1)

RITA.

Pensar que su venida fué con otro designio, no me parece natural... Zelos... Por que ha de tener zelos?.. Y aun eso mismo, deberia enamorarle mas... El no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

DOÑA FRANCISCA.

Te cansas en vano.. Di que es un pérfido, di que es un monstruo de

---

(1) *Levántase, y Rita la sostiene.*

crueldad, y todo lo has dicho.

RITA.

Vamos de aquí, que puede venir alguien y...

DOÑA FRANCISCA.

Sí, vamonos... Vamos á llorar... Y en que situacion me dexa!.. Pero, ves que malvado?

RITA.

Si Señora, ya lo conozco.

DOÑA FRANCISCA.

Que bien supo fingir!.. Y con quien? Conmigo... Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?.. Mereció mi cariño este galardon?... Dios de mi vida! Qual es mi delito, qual es? (1)

---

(1) *Rita coge la luz y se van entrambas al quarto de Doña Francisca.*

ACTO TERCERO.

****

SCENA I. (1)

D. DIEGO. SIMON.

D. DIEGO.

Aquí, á lo menos, ya que no duerma, no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella, no se... Como ronca este!.. Guardemosle el sueño, hasta que venga el dia, que ya poco puede tardar... (2) Que es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMON.

Que estaba usted ahí, Señor?

D. DIEGO.

Sí, aquí me he salido, por que allí no se puede parar.

SIMON.

Pues yo, á Dios gracias, aunque la

(1) *Teatro obscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada y la jaula del tordo. Símon duerme tendido en el banco. Sale D. Diego de su quarto acabándose de poner la bata.*

(2) *Símon despierta, y al oir á D. Diego se incorpora y se levanta.*

cama es algo dura, he dormido como un Emperador.

D. DIEGO.

Mala comparacion!.. Di que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

SIMON.

En efecto, dice usted bien... Y que hora será ya?

D. DIEGO.

Poco ha que sonó el relox de S. Justo, y si no conté mal, dió las tres.

SIMON.

Oh! Pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

D DIEGO.

Sí, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.

SIMON.

Pero, si usted viera que apesadumbrado le dexé, que triste!

D. DIEGO.

Ha sido preciso.

SIMON.

Ya lo conozco.

D. DIEGO.

No ves que venida tan intempestiva? y...

SIMON.

Es verdad... Sin permiso de usted, sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo muy mal... Bien que, por otra parte, él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta ligereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante. Eh?

D. DIEGO.

No, qué! No Señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en que circunstancias nos cogía... Te aseguro que quando (1) se fue me quedó un ansia en el corazon... Que ha sonado?

SIMON.

No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

D. DIEGO.

Calla.

SIMON.

Vaya, música tenemos, segun parece.

D. DIEGO.

Sí, como lo hagan bien.

SIMON.

Y quien será el amante infeliz que se viene á gorgear á estas horas, en ese callejon tan puerco?.. Apostaré

(1) *Suenan á lo lejos tres palmadas, y poco despues se oye que puntean un instrumento.*



que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.

D. DIEGO.

Puede ser.

SIMON.

Ya empiezan, oigamos (1)...... Pues digole á usted que toca muy lindamente el picaro del Barberillo.

D. DIEGO.

No: no hay Barbero que sepa hacer eso; por muy bien que afeite.

SIMON.

Quiere usted que nos asomemos un poco, á ver...

D. DIEGO.

No, dexarlos... Pobre gente! Quien sabe la importancia que darán ellos á la tal música... (2) No gusto yo de incomodar á nadie.

SIMON.

Señor... Eh!.. Presto, aquí á un ladito.

D. DIEGO.

Que quieres?

SIMON.

Que han abierto la puerta de esa al-

---

(1) *Tocan una sonata desde adentro.*

(2) *Sale de su quarto Doña Francisca y Rita con ella. Las dos se encaminan á la ventana. D. Diego y Simon se retiran á un lado y observan.*

coba, y huele á faldas que trasciende.

D. DIEGO.

Sí?.. Retirémonos.

SCENA II.

DOÑA FRANCISCA. RITA. D. DIEGO. SIMON.

RITA.

Con tiento, Señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Siguiendo la pared, no voy bien? (1)

RITA.

Sí Señora... Pero vuelven á tocar... Silencio.

DOÑA FRANCISCA.

No te muevas... Dexa... Sepamos primero si es él.

RITA.

Pues no ha de ser?.. La seña no puede mentir.

DOÑA FRANCISCA.

Calla (2). . . . . Sí, él es... Dios mio!.. (3) Ve, responde... Albricias corazon. El es.

---

(1) *Vuelven á probar el instrumento.*

(2) *Repiten desde adentro la sonata anterior.*

(3) *Acercase Rita á la ventana, abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la musica.*

SIMON.

Ha oido usted ?

D. DIEGO.

Sí.

SIMON.

Que querrá decir esto ?

D. DIEGO.

Calla.

DOÑA FRANCISCA.

Yo soy (1) .... Y que habia de pensar , viendo lo que usted acaba de hacer?.. Que fuga es esta?.. Rita, (2) amiga , por Dios , ten cuidado , y si oyeres algun rumor , al instante avisame. . . . . Para siempre ? Triste de mí ! . . . . .Bien está tírela usted... Pero yo no acabo de entender... Ay! D. Feliz, nunca le he visto á usted tan tímido........ (3) No , no la he cogido , pero aqui está sin duda............ Y no he de saber yo , hasta que llegue el dia , los motivos que tiene usted para dexarme muriendo ?............ Sí,

---

(1) *Doña Francisca se asoma á la ventana: Rita se queda detras de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones , mas ó menos largas , que deben hacerse.*

(2) *Apartándose de la ventana , y vuelve despues.*

(3) *Tiran desde adentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademan de buscarla, y no hallándola, vuelve á asomarse.*

yo quiero saberlo de su boca de usted. Su Paquita de usted se lo manda............. Y como le parece á usted que estará el mio?.. No me cabe en el pecho... Diga usted. (1)

RITA.

Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

DOÑA FRANCISCA.

Infeliz de mí!.. Guíame.

RITA.

Vamos... (2) Ay!

DOÑA FRANCISCA.

Muerta voy!

SCENA III.

D. DIEGO. SIMON.

D. DIEGO.

Que grito fue ese?

SIMON.

Una de las fantasmas, que al retirarse, tropezó conmigo.

---

(1) *Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la dexa caer.*

(2) *Al retirarse tropieza Rita con Simon. Las dos se van apresuradamente al quarto de Doña Francisca.*

D. DIEGO.

Acercate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... Buenos estamos!

SIMON.

No encuentro nada, Señor. (1)

D. DIEGO.

Búscale bien, que por ahí ha de estar.

SIMON.

Le tiraron desde la calle?

D. DIEGO.

Sí... Que amante es este?.. Y diez y seis años y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusion.

SIMON.

Aquí está. (2)

D. DIEGO.

Vete abaxo y enciende una luz... En la caballeriza, ó en la cocina... Por ahí habrá algun farol... Y vuelve con ella al instante. (3)

---

(1) *Tentando por el suelo, cerca de la ventana.*

(2) *Halla la carta y se la da á D. Diego.*

(3) *Vase Simon por la puerta del foro.*

SCENA IV.

D. DIEGO.

D. DIEGO.

Y á quien debo culpar? Es (1) ella la delinqüente, ó su madre, ó sus tias, ú yo?.. Sobre quien... Sobre quien ha de caer esta cólera, que por mas que lo procuro, no la sé reprimir?.. La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos!.. Que esperanzas tan halagüeñas concebí! Que felicidades me prometia!.. Zelos!.. Yo?.. En que edad tengo zelos!.. Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento, esta indignacion, estos deseos de venganza de que provienen? Como he de llamarlos? Otra vez parece que. (2) . . . . Si.

---

(1) *Apoyándose en el respaldo de una silla.*

(2) *Advirtiendo que suena ruido en la puerta del quarto de Doña Francisca, se retira á un extremo del teatro.*

SCENA V.

RITA. D. DIEGO. SIMON.

RITA.

Ya se han ido... (1) Válgame Dios!.. El papel estará muy bien escrito; pero el Señor D. Feliz es un grandísimo picaron .. Pobrecita de mi alma !.. Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... Oxalá no los hubieramos conocido ! Y este maldito papel... Pues buena la hicieramos, si no pareciese. . . Que dirá ? . . Mentiras, mentiras y todo mentira.

SIMON.

Ya tenemos luz. (2)

RITA.

Perdida soy !

D. DIEGO.

Rita ! Pues tú aquí ? (3)

RITA.

Sí Señor, por que...

D. DIEGO.

Que buscas á estas horas?

---

(1) *Rita observa y escucha, asomase despues á la ventana y busca la carta por el suelo.*
(2) *Sale con luz. Rita se sorprehende.*
(3) *Acercándose.*

RITA.

Buscaba... Yo le diré á usted... Por que oimos un ruido muy grande...

SIMON.

Sí, eh?

RITA.

Cierto... Un ruido y... Y mire (1) usted era la jaula del tordo... Pues, la jaula era, no tiene duda... Válgate Dios! Si se habrá muerto?.. No, vivo está, vaya... Algun gato habrá sido... Preciso.

SIMON.

Sí, algun gato.

RITA.

Pobre animal! Y que asustadillo se conoce que está todavia.

SIMON.

Y con mucha razon... No te parece, si le hubiera pillado el gato...

RITA.

Se le hubiera comido. (2)

SIMON.

Y sin pebre... Ni plumas hubiera dexado.

D. DIEGO.

Traeme esa luz.

---

(1) *Alza la jaula que está en el suelo.*

(2) *Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.*

RITA.

Ah! Dexe usted encenderemos esta, (1) que ya la que no se ha dormido...

D. DIEGO.

Y Doña Paquita duerme?

RITA.

Sí Señor.

SIMON.

Pues mucho es que con el ruido del tordo...

D. DIEGO.

Vamos. (2)

SCENA VI.

DOÑA FRANCISCA. RITA.

DOÑA FRANCISCA.

Ha parecido el papel?

RITA.

No Señora.

DOÑA FRANCISCA.

Y estaban aquí los dos, quando tu saliste?

RITA.

Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente,

---

(1) *Enciende la vela que está sobre la mesa.*
(2) *D. Diego se entra en su quarto. Simon va con él llevándose una de las luces.*

como por máquina, entre él y su amo; sin poder escapar, ni saber que disculpa darles. (1)

DOÑA FRANCISCA.

Ellos eran sin duda... Aquí estarian quando yo hablé desde la ventana... Y ese papel?

RITA.

Yo no le encuentro, Señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Le tendrán ellos: no te canses... Si es lo único que faltaba á mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

RITA.

A lo menos por aquí...

DOÑA FRANCISCA.

Yo estoy loca! (2)

RITA.

Sin haberse explicado este hombre, ni decir siquiera....

DOÑA FRANCISCA.

Quando iba á hacerlo, me avisaste, y fue preciso retirarnos... Pero sabes tú con que temor me habló, que agitacion mostraba? Me dixo que en aquella carta veria yo los motivos justos que le

---

(1) *Rita coge la luz y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.*

(2) *Sientase.*

precisaban á volverse: que la habia escrito para dexarsela á persona fiel, que la pusiera en mis manos; suponiendo que el verme seria imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre aleve, que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diria: pues yo para que he de molestar á nadie, ni hacerme ahora defensor de una muger?.. Hay tantas mugeres!.. Casenla... Yo nada pierdo. Primero es mi tranquilidad, que la vida de esa infeliz... Dios mio, perdon!.. Perdon de haberle querido tanto!

RITA.

Ay! Señorita (1) que parece que salen ya.

DOÑA FRANCISCA.

No importa: dexame.

RITA.

Pero si D. Diego la ve á usted de esa manera...

DOÑA FRANCISCA.

Si todo se ha perdido ya, que puedo temer?.. Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?.. Que vengan, nada importa.

---

(1) *Mirando hácia el quarto de D. Diego.*

SCENA VII.

D. DIEGO. SIMON. DOÑA FRANCISCA. RITA.

SIMON.

Voy enterado: no es menester mas.

D. DIEGO.

Mira, y haz que ensillen inmediatamente al Moro, mientras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas á caballo, y en una buena carrera que des, los alcanzas... Las dos aquí, eh?.. Con que, vete, no se pierda tiempo. (1)

SIMON.

Voy allá.

D. DIEGO.

Mucho se madruga, Doña Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Sí Señor.

D. DIEGO.

Ha llamado ya Doña Irene?

DOÑA FRANCISCA.

No Señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir. (2)

---

(1) *Despues de hablar los dos, inmediatos á la puerta del quarto de D. Diego, se va Simon por la del foro.*

(2) *Rita se va al quarto de Doña Irene.*

SCENA VIII.

D. DIEGO. DOÑA FRANCISCA.

D. DIEGO.

Usted no habrá dormido bien esta noche.

DOÑA FRANCISCA.

No Señor. Y usted ?

D. DIEGO.

Tampoco.

DOÑA FRANCISCA.

Ha hecho demasiado calor.

D. DIEGO.

Está usted desazonada ?

DOÑA FRANCISCA.

Alguna cosa.

D. DIEGO.

Que siente usted ? (1)

DOÑA FRANCISCA.

No es nada... Así un poco de... Nada... no tengo nada.

D. DIEGO.

Algo será : por que la veo á usted muy abatida , llorosa , inquieta... Que tiene usted , Paquita ? No sabe usted que la quiero tanto ?

---

(1) *Sientase junto á Doña Francisca.*

DOÑA FRANCISCA.

Sí Señor.

D. DIEGO.

Pues por que no hace usted mas confianza de mí? Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

D. DIEGO.

Pues como, sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazon?

DOÑA FRANCISCA.

Por que eso mismo me obliga á callar.

D. DIEGO.

Eso quiere decir, que tal vez soy yo la causa de su pesadumbre de usted.

DOÑA FRANCISCA.

No Señor, usted en nada me ha ofendido... No es de usted de quien yo me debo quejar.

D. DIEGO.

Pues de quien, hija mia?.. Venga usted acá... (1) Hablemos, siquiera una vez, sin rodeos ni disimulacion... Dígame usted: no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? Quanto

(1) *Acercase mas.*

va, que si la dexasen á usted entera libertad para la eleccion, no se casaria conmigo?

DOÑA FRANCISCA.

Ni con otro.

D. DIEGO.

Será posible que usted no conozca otro mas amable que yo? Que le quiera bien; y que la corresponda como usted merece?

DOÑA FRANCISCA.

No Señor, no Señor.

D. DIEGO.

Mirelo usted bien.

DOÑA FRANCISCA.

No le digo á usted que no?

D. DIEGO.

Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinacion al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida mas...

DOÑA FRANCISCA.

Tampoco, no Señor... Nunca he pensado así.

D. DIEGO.

No tengo empeño de saber mas... Pero, de todo lo que acabo de oir, resulta una gravísima contradiccion. Usted no se halla inclinada al estado religioso, segun parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de

mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro; ni debo rezelar que nadie me dispute su mano... Pues que llanto es ese? De donde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted en términos que apenas le reconozco? Son estas las señales de quererme exclusivamente á mí? De casarse gustosa conmigo dentro de pocos dias? Se anuncian así la alegria y el amor? (1)

DOÑA FRANCISCA.

Y que motivos le he dado á usted para tales desconfianzas?

D. DIEGO.

Pues, que? Si yo prescindo de estas consideraciones: si apresuro las diligencias de nuestra union, si su madre de usted sigue aprobándola, y llega el caso de...

DOÑA FRANCISCA.

Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

D. DIEGO.

Y despues, Paquita?

DOÑA FRANCISCA.

Despues... Y mientras me dure la vida,

---

(1) *Vase iluminando lentamente el teatro, suponiendo que viene la luz del dia.*

seré muger de bien.

D. DIEGO.

Eso no lo puedo yo dudar... Pero, si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted, estos títulos no me dan algun derecho para merecer de usted mayor confianza? No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad; sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa: si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

DOÑA FRANCISCA.

Dichas para mí!.. Ya se acabaron.

D. DIEGO.

Por qué?

DOÑA FRANCISCA.

Nunca diré por qué.

D. DIEGO.

Pero, que obstinado, que imprudente silencio!.. Quando usted misma debe presumir, que no estoy ignorante de lo que hay.

DOÑA FRANCISCA.

Si usted lo ignora, Señor D. Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

D. DIEGO.

Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa afliccion y esas lágrimas son voluntarias; hoy llegarémos á Madrid, y dentro de ocho dias será usted mi muger.

DOÑA FRANCISCA.

Y daré gusto a mi madre.

D. DIEGO.

Y vivirá usted infeliz.

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

D. DIEGO.

Ve aquí los frutos de la educacion. Esto es lo que se llama criar bien á una niña: enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones mas inocentes, con una pérfida disimulacion. Las juzgan honestas, luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad, ni el genio, no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar quando se lo manden, un si, perjuro, sacrílego, origen de tantos escándalos,

ya estan bien criadas : y se llama excelente educacion la que inspira en ellas , el temor , la astucia y el silencio de un esclavo.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exîgen de nosotras , eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi afliccion es mucho mas grande.

D. DIEGO.

Sea qual fuere, hija mia , es menester que usted se aníme... Si la ve á usted su madre de esa manera , que ha de decir ?.. Mire usted que ya parece que se ha levantado.

DOÑA FRANCISCA.

Dios mio !

D. DIEGO.

Sí, Paquita: conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos , que no siempre nuestras desgracias son tan grandes , como la imaginacion las pinta... Mire usted que desorden este ! Que agitacion ! Que lágrimas ! Vaya , me da usted palabra de presentarse , así... Con cierta serenidad y... Eh ?

DOÑA FRANCISCA.

Y usted , Señor... Bien sabe usted el

genio de mi madre. Si usted no me defiende, á quien he de volver los ojos? Quien tendrá compasion de esta desdichada?

D. DIEGO.

Su buen amigo de usted... Yo... Como es posible que yo la abandonase... Criatura! En la situacion dolorosa en que la veo? (1)

DOÑA FRANCISCA.

De veras?

D. DIEGO.

Mal conoce usted mi corazon.

DOÑA FRANCISCA.

Bien le conozco. (2)

D. DIEGO.

Que hace usted, niña?

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé... Que poco merece toda esa bondad una muger tan ingrata para con usted!.. No, ingrata no, infeliz... Ay! que infeliz soy, Señor D. Diego!

D. DIEGO.

Yo bien sé que usted agradece, como puede, el amor que la tengo... Lo demas todo ha sido... Que sé yo?.. Una equivocacion mia, y no otra cosa...

---

(1) *Asiéndola de las manos.*

(2) *Quiere arrodillarse, D. Diego se lo estorba y ambos se levantan.*

Pero usted, inocente! Usted no ha tenido la culpa.

DOÑA FRANCISCA.

Vamos... No viene usted?

D. DIEGO.

Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

DOÑA FRANCISCA.

Vaya usted presto. (1)

D. DIEGO.

Sí, presto iré.

SCENA IX.

SIMON. D. DIEGO.

SIMON.

Ahí estan, Señor.

D. DIEGO.

Que dices?

SIMON.

Quando yo salia de la puerta, los vi á lo lejos, que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo: se detuvieron, y apenas llegué y le dixe al Señorito lo que usted mandaba, volvió las riendas y está

(1) *Encaminándose al quarto de Doña Irene, vuelve y se despide de D. Diego besándole las manos.*

abaxo. Le encargué que no subiera, hasta que le avisára yo: por si acaso habia gente aquí, y usted no queria que le viesen.

D. DIEGO.

Y que dixo, quando le diste el recado?

SIMON.

Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una palabra... A mi me ha dado compasion el verle, así, tan...

D. DIEGO.

No me empieces ya á interceder por él.

SIMON.

Yo, Señor?

D. DIEGO.

Sí, que no te entiendo yo... Compasion!.. Es un pícaro.

SIMON.

Como yo no sé lo que ha hecho.

D. DIEGO.

Es un bribon, que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

SIMON.

Bien está, Señor. (1)

D. DIEGO.

Dile que suba.

---

(1) *Vase por la puerta del foro. D. Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.*

SCENA X.

D. CARLOS. D. DIEGO.

D. DIEGO.

Venga usted acá, Señorito, venga usted... En donde has estado desde que no nos vemos?

D. CARLOS.

En el meson de afuera.

D. DIEGO.

Y no has salido de allí en toda la noche. Eh?

D. CARLOS.

Sí Señor, entré en la Ciudad y...

D. DIEGO.

A qué?.. Sientese usted.

D. CARLOS.

Tenia precision de hablar con un sugeto... (1)

D. DIEGO.

Precision!

D. CARLOS.

Sí Señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme á Zaragoza, sin estar primero con él.

---

(1) *Sientase.*

D. DIEGO.

Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo... Por que no le escribiste un papel?.. Mira, aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado, en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie. (1)

D. CARLOS.

Pues si todo lo sabe usted, para que me llama? Por que no me permite seguir mi camino y se evitaria una contestacion, de la qual ni usted ni yo quedaremos contentos?

D. DIEGO.

Quiere saber su tio de usted lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.

D. CARLOS.

Para que saber mas?

D. DIEGO.

Por que yo lo quiero y lo mando. Oiga!

D. CARLOS.

Bien está.

---

(1) *Dándole el papel que tiraron á la ventana. D. Carlos luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademan de irse.*

D. DIEGO.

Sientate ahí... (1) En donde has conocido á esta niña?.. Que amor es este? Que circunstancias han ocurrido?.. Que obligaciones hay entre los dos? Donde, quando la viste?

D. CARLOS.

Volviendome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalaxara, sin ánimo de detenerme; pero el Intendente, en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel dia, por ser cumpleaños de su parienta: prometiendome que al siguiente, me dexaria proseguir mi viage. Entre las gentes convidadas hallé á Doña Paquita, á quien la Señora habia sacado aquel dia del convento, para que se esparciese un poco... Yo no sé que vi en ella, que excitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible, de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos... El Intendente dixo entre otras cosas... burlandose... que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba D. Feliz de Toledo, nombre que dió Calderon á

(2) *Sientase D. Carlos.*

algunos amantes de sus comedias. Yo sostuve esta ficcion; por que desde luego concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella Ciudad; evitando que llegase á noticia de usted... Observé que Doña Paquita me trató con un agrado particular, y quando por la noche nos separamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viendome preferido á todos los concurrentes de aquel dia, que fueron muchos. Enfin... Pero, no quisiera ofender á usted refiriendole...

D. DIEGO.

Prosigue.

D. CARLOS.

Supe que era hija de una Señora de Madrid, viuda y pobre; pero de gente muy honrada... Fue necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañia: y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas, las mas ingeniosas, para que ninguno de su familia extrañara mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la Ciudad, facilmente iba y venía de noche... Logré que Doña Paquita leyese algunas cartas mias, y con las pocas respuestas que de ellas tuve, acabé de precipitarme en una pasion,

que mientras viva me hará infeliz.

D. DIEGO.

Vaya... Vamos, sigue adelante.

D. CARLOS.

Mi asistente (que como usted sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo) con mil artificios que á cada paso le ocurrian, facilitó los muchos estorbos que al principio hallabamos... La seña era dar tres palmadas, á las quales respondian con otras tres, desde una ventanilla que daba al corral de las Monjas. Hablabamos todas las noches: muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dexan entender... Siempre fui para ella D. Feliz de Toledo, Oficial de un Regimiento, estimado de mis Gefes y hombre de honor. Nunca la dixe mas, ni la hablé de mis parientes, ni de mis esperanzas; ni la di á entender que casandose conmigo podria aspirar á mejor fortuna: por que ni me convenia nombrarle á usted, ni quise exponerla, á que las miras de interes y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé mas fina, mas hermosa, mas digna de ser adorada... Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin, era necesario separarnos, y una noche funes-

ta me despedí, la dexé rendida á un desmayo mortal, y me fui, ciego de amor, adonde mi obligacion me llamaba... Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos dias ha, me dixo, como su madre trataba de casarla; que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mí: me acordaba mis juramentos, me exortaba á cumplirlos... Monté á caballo, corrí precipitado el camino, llegué á Guadalaxara; no la encontré, vine aquí... Lo demas bien lo sabe usted, no hay para que decirselo.

D. DIEGO.

Y que proyectos eran los tuyos en esta venida?

D. CARLOS.

Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor: pasar á Madrid, verle á usted, echarme á sus pies: referirle todo lo ocurrido y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... Solo su consentimiento y su bendicion, para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundabamos toda nuestra felicidad.

D. DIEGO.

Pues ya ves, Carlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

D. CARLOS.

Sí Señor.

D. DIEGO.

Si tú la quieres, yo la quiero tambien. Su madre y toda su familia, aplauden este casamiento. Ella... Y sean las que fueren las promesas que á ti hizo... Ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano, así que...

D. CARLOS.

Pero no el corazon. (1)

D. DIEGO.

Que dices?

D. CARLOS.

No, eso no... Sería ofenderla... Usted celebrará sus bodas quando guste: ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido; pero si alguna ó muchas veces la sorprehende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte usted jamas el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la cau-

---

(1) *Levántase.*

sa... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas á un amigo ausente.

D. DIEGO.

Que temeridad es esta? (1)

D. CARLOS.

Ya se lo dixe á usted... Era imposible que yo hablase una palabra, sin ofenderle... Pero, acabemos esta odiosa conversacion... Viva usted feliz y no me aborrezca: que yo, en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente... Pero, no se me niegue, á lo menos, el consuelo de saber que usted me perdona.

D. DIEGO.

Con que en efecto te vas?

D. CARLOS.

Al instante, Señor... Y esta ausencia será bien larga.

D. DIEGO.

Por qué?

D. CARLOS.

Por que no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una

---

(1) *Se levanta con mucho enojo, encaminándose hácia D. Carlos, el qual se va retirando.*

próxîma guerra se llegáran á verificar... Entonces...

D. DIEGO.

Que quieres decir? (1)

D. CARLOS.

Nada... Que apetezco la guerra, por que soy soldado.

D. DIEGO.

Carlos!.. Que horror!.. Y tienes corazon para decirmelo?

D. CARLOS.

Alguien viene... (2) Tal vez será ella... Quede usted con Dios.

D. DIEGO.

Adonde vas?.. No Señor, no has de irte.

D. CARLOS.

Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle á usted inquietudes crueles.

D. DIEGO.

Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese quarto.

D. CARLOS.

Pero si...

---

(1) *Asiendo de un brazo á D. Carlos, le hace venir mas adelante.*

(2) *Mirando con inquietud hácia el quarto de Doña Irene, se desprende de D. Diego y hace ademan de irse por la puerta del foro. D. Diego va detras de él y quiere impedírselo.*

D. DIEGO.

Haz lo que te mando. (1)

SCENA XI.

DOÑA IRENE. D. DIEGO.

DOÑA IRENE.

Con que, Señor D. Diego, es ya la de vámonos?.. Buenos dias... (2) Reza usted?

D. DIEGO.

Sí, para rezar estoy ahora. (3)

DOÑA IRENE.

Si usted quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al Mayoral, para que enganchen luego que... Pero que tiene usted, Señor?.. Hay alguna novedad?

D. DIEGO.

Sí, no dexa de haber novedades.

DOÑA IRENE.

Pues qué... Digalo usted por Dios... Vaya, vaya!.. No sabe usted lo asustada que estoy... Qualquiera cosa, así, repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve

---

(1) *Entrase D. Carlos en el quarto de D. Diego.*
(2) *Apaga la luz que está sobre la mesa.*
(3) *Paseándose con inquietud.*

quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo, qualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos: nada me ha servido, de manera que...

D. DIEGO.

Vamos: ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa mas importante de que tratar... Que hacen esas muchachas?

DOÑA IRENE.

Estan recogiendo la ropa y haciendo el cofre, para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

D. DIEGO.

Muy bien. Siéntese usted... Y no hay que asustarse ni alborotarse (1) por nada de lo que yo diga: y cuenta, no nos abandone el juicio, quando mas le necesitamos... Su hija de usted está enamorada...

DOÑA IRENE.

Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí Señor que lo está, y bastaba que yo lo dixese para que...

---

(1) *Siéntanse los dos.*

D. DIEGO.

Este vicio maldito de interrumpir á cada paso!.. Dexeme usted hablar.

DOÑA IRENE.

Bien, vamos, hable usted.

D. DIEGO.

Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

DOÑA IRENE.

Que dice usted?

D. DIEGO.

Lo que usted oye.

DOÑA IRENE.

Pero quien le ha contado á usted esos disparates?

D. DIEGO.

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado: y quando se lo digo á usted, bien seguro estoy de que es verdad... Vaya que llanto es ese?

DOÑA IRENE.

Pobre de mí! (1)

D. DIEGO.

A que viene eso?

DOÑA IRENE.

Por que me ven sola y sin medios, y por que soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

---

(1) *Llora.*

D. DIEGO.

Señora Doña Irene...

DOÑA IRENE.

Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera: como un estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir... Quien lo creyera de usted?.. Válgame Dios!.. Si vivieran mis tres difuntos!.. Con el último difunto que me viviera, que tenia un genio como una serpiente...

D. DIEGO.

Mire usted, Señora, que se me acaba ya la paciencia...

DOÑA IRENE.

Que lo mismo era replicarle que se ponia hecho una furia del infierno: y un dia del Corpus, yo no sé por que friolera, hartó de moxicones á un Comisario Ordenador, y si no hubiera sido por dos Padres del Carmen que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

D. DIEGO.

Pero, es posible que no ha de atender usted á lo que voy á decirla?

DOÑA IRENE.

Ay! no Señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no Señor... Usted ya no quiere á la niña, y bus-

ca pretextos para zafarse de la obligacion en que está... Hija de mi alma y de mi corazon!

D. DIEGO.

Señora Doña Irene: hágame usted el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que usted sepa lo que hay, llore y gima y grite y diga quanto quiera... Pero entretanto, no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

DOÑA IRENE.

Diga usted lo que le dé la gana.

D. DIEGO.

Que no volvamos otra vez á llorar, y á...

DOÑA IRENE.

No Señor, ya no lloro. (1)

D. DIEGO.

Pues hace ya cosa de un año, poco mas ó menos, que Doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y por último, existe en ambos una pasion tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han contribuido eficazmente á hacerla mayor. En este supuesto...

(1) *Enxugase las lágrimas con un pañuelo.*

DOÑA IRENE.

Pero no conoce usted, Señor, que todo es un chisme: inventado por alguna mala lengua, que no nos quiere bien?

D. DIEGO.

Volvemos otra vez á lo mismo... No Señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

DOÑA IRENE.

Que ha de saber usted, Señor? Ni que traza tiene eso de verdad? Con que, la hija de mis entrañas, encerrada en un convento, ayunando los siete reviernes, acompañada de aquellas santas Religiosas!.. Ella, que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavia del cascaron, como quien dice!.. Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene Circuncision... Pues, bonita es ella, para haber disimulado á su sobrina el menor desliz.

D. DIEGO.

Aquí no se trata de ningun desliz, Señora Doña Irene; se trata de una inclinacion honesta, de la qual hasta ahora no habiamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es: que la Madre Circuncision, y la Soledad, y la Can-

delaria, y todas las Madres y usted y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro y no conmigo... Hemos llegado tarde: usted ha contado, muy de ligero, con la voluntad de su hija... Vaya, para que es cansarnos? Lea usted ese papel (1) y verá si tengo razon.

DOÑA IRENE.

Yo he de volverme loca!.. Francisquita... Virgen del Tremedal!.. Rita, Francisca.

D. DIEGO.

Pero, á que es llamarlas?

DOÑA IRENE.

Sí Señor, que quiero que venga y que se desengañe la pobrecita de quien es usted.

D. DIEGO.

Lo echó todo á rodar... Esto le sucede á quien se fia de la prudencia de una muger.

---

(1) *Saca el papel de D. Carlos y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca á la puerta de su quarto y llama. Levantase D. Diego y procura en vano contenerla.*

SCENA XII.

DOÑA FRANCISCA. RITA. DOÑA IRENE. D. DIEGO.

RITA.

Señora.

DOÑA FRANCISCA.

Me llamaba usted?

DOÑA IRENE.

Sí, hija, sí: por que el Señor D. Diego nos trata de un modo, que ya no se puede aguantar. Que amores tienes, niña? A quien has dado palabra de matrimonio? Que enredos son estos?.. Y tú, picarona... Pues tú tambien lo has de saber... Por fuerza lo sabes... Quien ha escrito este papel? Que dice?.. (1)

RITA.

Su letra es. (2)

DOÑA FRANCISCA.

Que maldad!.. Señor D. Diego, así cumple usted su palabra?

D. DIEGO.

Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga usted aquí... (3) No hay que

---

(1) *Presentando el papel abierto á Doña Francisca.*

(2) *Aparte, á Doña Francisca.*

(3) *Asiendo de una mano á Doña Francisca, la pone á su lado.*

temer... Y usted, Señora: escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Deme usted ese papel... (1) Paquita, ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.

DOÑA FRANCISCA.

Mientras viva me acordaré.

D. DIEGO.

Pues este es el papel que tiraron á la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. (2) *Bien mio: si no consigo hablar con usted, haré lo posible para que llegue á sus manos esta carta. Apenas me separé de usted, encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo y al verle, no sé como no espiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la Ciudad y fué preciso obedecerle. Yo me llamo D. Carlos, no D. Feliz... D. Diego es mi tio. Viva usted dichosa y olvide para siempre á su infeliz amigo = Carlos de Urbina.*

DOÑA IRENE.

Con que hay eso?

DOÑA FRANCISCA.

Triste de mí!

---

(1) *Quitándola el papel de las manos á Doña Irene.*

(2) *Lee.*

DOÑA IRENE.

Con que es verdad lo que decia el Señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí. (1)

DOÑA FRANCISCA.

Madre... Perdon.

DOÑA IRENE.

No Señor, que la he de matar.

D. DIEGO.

Que locura es esta?

DOÑA IRENE.

He de matarla.

SCENA XIII.

D. CARLOS. D. DIEGO. DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA. RITA.

D. CARLOS.

Eso no... (2) Delante de mí nadie ha de ofenderla.

DOÑA FRANCISCA.

Carlos!

---

(1) *Se encamina hácia Doña Francisca, muy colérica y en ademan de querer maltratarla. Rita y D. Diego procuran estorbárselo.*

(2) *Sale D. Carlos del quarto precipitadamente: coge de un brazo á Doña Francisca, se la lleva hácia el fondo del teatro y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.*

D. CARLOS.

Disimule (1) usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

DOÑA IRENE.

Que es lo que me sucede, Dios mio!.. Quien es usted?.. Que acciones son estas?.. Que escándalo?..

D. DIEGO.

Aquí no hay escándalos... Ese es de quien su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos, viene á ser lo mismo... Carlos... No importa... Abraza á tu muger. (2)

DOÑA IRENE.

Con que su sobrino de usted?..

D. DIEGO.

Sí Señora, mi sobrino: que con sus palmadas, y su música, y su papel, me ha dado la noche mas terrible que he tenido en mi vida... Que es esto, hijos mios, que esto?

DOÑA FRANCISCA.

Con que usted nos perdona y nos hace felices?

---

(1) *Acercándose á D. Diego.*

(2) *D. Carlos va adonde está Doña Francisca: se abrazan y ambos se arrodillan á los pies de D. Diego.*

D. DIEGO.

Sí, prendas de mi alma... Sí. (1)

DOÑA IRENE.

Y es posible que usted se determina á hacer un sacrificio...

D. DIEGO.

Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... Carlos!.. Paquita! Que dolorosa impresion me dexa en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!.. Por que, al fin, soy hombre miserable y debil.

D. CARLOS.

Si nuestro amor (2), si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á usted en tanta pérdida...

DOÑA IRENE.

Con que el bueno de D. Carlos! Vaya que...

D. DIEGO.

El y su hija de usted estaban locos de amor, mientras usted y las tias fundaban castillos en el ayre, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido, como un sueño... Esto

---

(1) *Los hace levantar con expresiones de ternura.*

(2) *Besándole las manos.*

resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece: estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto, lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba... Ay! de aquellos que lo saben tarde!

DOÑA IRENE.

En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, Señor, venga usted: que quiero abrazarle... (1) Hija, Francisquita. Vaya! Buena eleccion has tenido... Cierto que es un mozo galan... Morenillo; pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA.

Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millon de besos. (2)

DOÑA FRANCISCA.

Pero, ves que alegria tan grande?.. Y tú, como me quieres tanto!.. Siempre, siempre serás mi amiga.

---

(1) *Abrázanse D. Carlos y Doña Irene. Doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.*

(2) *Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.*

D. DIEGO.

Paquita hermosa: (1) recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez... Vosotros (2) sereis la delicia de mi corazon, y el primer fruto de vuestro amor... Sí, hijos, aquel... No hay remedio, aquel es para mí. Y quando le acaricie en mis brazos, podré decir: á mí me debe su exîstencia este niño inocente, si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

D. CARLOS.

Bendita sea tanta bondad!

D. DIEGO.

Hijos, bendita sea la de Dios.

---

(1) *Abraza á Doña Francisca.*
(2) *Asiendo de las manos á Doña Francisca y á D. Carlos.*

FIN.

